

PRIMER CENTENARIO DE LA MUERTE DEL LIBERTADOR



SIMON BOLIVAR

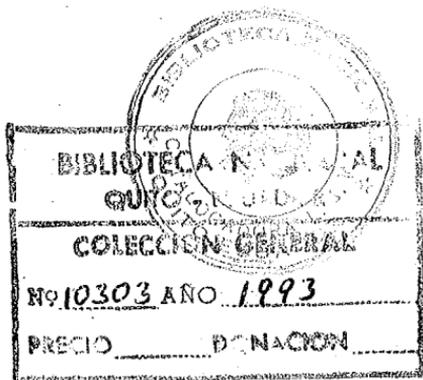
LIBERTADOR Y CREADOR DE PUEBLOS

ISAAC J. BARRERA

DE LA ACADEMIA ECUATORIANA DE HISTORIA

SIMON BOLIVAR

LIBERTADOR Y CREADOR DE PUEBLOS



000595-K.
PUBLICACIONES DEL MINISTERIO

DE INSTRUCCION PUBLICA

**Elogio leído ante la
Academia de Historia,
en la Sala Capitular de
Quito, el 18 de Diciem-
bre de 1930.**





BOLIVAR, en 1810

Este año de 1930 ha sido el de las grandes conmemoraciones históricas; los nombres legados por la antigüedad se han impuesto a la consideración de los pueblos como para recordarles que en la labor de los siglos está contenido el pensamiento del futuro. Pero entre estas conmemoraciones, ninguna puede tener, para nosotros, tan grande resonancia como la que se refiere al centenario de la muerte del Libertador Simón Bolívar.

Podía ser este día de duelo y de llanto, pues que fué el Padre de Colombia y sigue siendo de nuestra Patria. Pero ¿por qué el llanto? Hace mucho tiempo que la muerte ha devuelto a Bolívar transfigurado y glorioso; su nombre resuena no con los himnos triunfales con los que se aclama a los guerreros sino con el grito de júbilo con que se acogen las creaciones y los descubrimientos.

El nombre de Bolívar se ha convertido en idea luminosa de redención. Muchos son los corazones que le invocan en los días de amargura o de esperanza; muchas voces se han levantado para hacer su elogio, y en estos mismos

momentos estará vibrando en toda América y en gran parte del mundo la alabanza que merecen los hombres superiores; aquellos que sólo de tarde en tarde vienen a los hombres para decirles la buena nueva de su destino.

Yo soy el menos capacitado para levantar la robusta voz que hace falta y decir el elogio de este verdadero creador de Continentes, de este propulsor de ideas, de este glorioso transgresor de las leyes de la naturaleza. Mi voz humilde no será sino la devota oración pronunciada como una plegaria y como la sincera expresión de un homenaje fervoroso; pero nada más, y tiene por fuerza que resultar pálida y débil, si se considera el número de escritores que se han ocupado en ensalzar la gloria del Libertador. Mis palabras serán, pues, el cumplimiento de un deber en este día, que, por lo demás, en el conjunto de obras maestras publicadas en honor de Bolívar, nosotros los ecuatorianos, tenemos acaso las piedras fundamentales sobre la que se levanta este gran monumento erigido en honor del Hombre de América: el Canto de Olmedo y el Tratado de Montalvo.

solamente, acaso soñaría en la reivindicación de la raza de la que directamente procedía. Todas estas ideas vivientes en América formaban una atmósfera que se infiltraba en la juventud; todo ello iría a contribuir al despertar del genio que daría nueva forma y perfecta realización a esos pensamientos.

Los primeros años de Bolívar fueron los de todo hombre elegante y rico; apenas si puede desprenderse de ella la impetuosa fogosidad que iba a ser la característica de su vida. A los diez y siete años contrae compromiso de matrimonio, que por su extrema juventud tiene que diferirse hasta el año siguiente. Mientras llegue ese plazo va a París y se contagia en la fiebre revolucionaria de que entonces padecía la capital del mundo. ¡Cuánto debió influir esta estancia en París, el año 1801, es fácil presumir! La Revolución Francesa fué una hoguera que lo que no logró incendiar, alumbró. Bolívar tenía por fuerza que quemarse en ese fuego.

Años después Bolívar regresaba a París: había tenido el enorme dolor de perder a la joven esposa tan ardientemente deseada para que subsistiera el cuatioso mayorazgo que poseía en Caracas. Pero el dolor no es eterno y la juventud tiene muchos derechos sobre la vida. Olvidó pronto su dolor y con el ardimiento que supo poner en todas las empresas, Bolívar fué el hombre caballeresco, elegante, loco; buen amador de mujeres, buen gustador de las noches espléndidas, sin descuidar relacionarse con el mundo, dis-



tinguido y notable: gustaba tanto de acercarse a una bella dama, a la que cortejaba con americano romanticismo, como se complacía en el trato y amistad con las personas notables de la época. Se dice que estuvo a punto de batirse por unos bellos ojos, con Eugenio de Beauharnais; nada tendría de extraño. Es la verdad que en aquella época del Consulado brillaba en París una plétora de hombres ilustres, con la mayor parte de los cuales trabó amistad el joven criollo, en el concurrido salón de Fanny de Villars, una de las tantas mujeres de este donjuan de tan altos destinos. Allí tuvo ocasión de relacionarse con el barón de Humboldt, quien acababa de regresar después de su admirable exploración de América.



Desde el encuentro con Humboldt data, en mi concepto, el despertar del genio de Bolívar. Su vida no iba a pasarse en los placeres; era necesario darle un mejor sentido y consagrarla para una causa inmortal. Tiene largas pláticas con el sabio alemán y se alegra de oírle que América no es la tierra inculta y salvaje que tenga que estar domeñada por la fuerza a una casta y a un pueblo superior. Humboldt habla con viva satisfacción de las ciudades que ha encontrado, del refinamiento social que había en ellas; de los ingenios que prosperaban por donde quiera, dando pruebas de aptitud e inteligencia.—Entonces, cree usted que América puede ser libre?, pregunta entusiasmado Bolívar—Indudablemen-

te; pero no se ve el hombre que pueda encabezar tamaña empresa.

Desde este momento tiene ya una dirección la vida de Bolívar: es preciso que ese hombre sea encontrado y libertada América. Y con la vehemencia que emplea en todos sus actos se pone a recopilar conocimientos, a leer, a estudiar, sin por eso abandonar hipócritamente sus hábitos de joven mundano.

A completar su educación salió un día, con su maestro, camino de Italia; después de haberse empapado en el Espíritu de las Leyes era necesario que leyera también en el gran libro de la naturaleza; por algo don Simón Rodríguez era tan convencido *roussoniano*. Y todos sabemos el término de ese viaje a pie por las viejas ciudades que antes formaron el mayor imperio de la tierra. Una tarde de agosto, los viajeros, Simón Bolívar y su ayo y maestro, Simón Rodríguez, subieron al Monte Sacro. La emoción de la hora; las ruinas que hablaban todavía de las antiguas glorias romanas; el recuerdo deslumbrador de Napoleón; las palabras de Humboldt; los pensamientos y propósitos que ya venían explorando en su alma para descubrir su secreto, le hicieron prorrumpir en el juramento que nos recuerda la historia, en el que, si no hubo la pomposidad teatral con que Simón Rodríguez lo ha referido, debió tener la sequedad serena de las afirmaciones que están destinadas a tomar carne, forma y espíritu.

Estamos ya en 1806.

Cuando Bolívar regresó a su tierra natal halló que las ideas de emancipación iban afirmándose cada vez con mayor seguridad. En varias partes del Continente se encontraban núcleos que trabajaban por ellas. El precursor Miranda había tocado ya a las costas venezolanas con la primera expedición. Hasta las ricas posesiones de Aragua, a las que se confinó Bolívar a su regreso de Europa, llegaban los vagos rumores de las conspiraciones que se fraguaban en otras partes de América. El mismo estuvo comprometido en una conspiración de 1808. Pero conceptuaba que no era llegado todavía el tiempo de obrar: había que avisorar vigilantemente, preparar y prepararse.

Un día recorrió por América como una tromba de fuego la noticia de que en la pequeña y lejana Audiencia de Quito se había constituido una Junta Suprema, compuesta de americanos, que se proponía administrar los intereses públicos de esa sección con prescindencia de los elementos españoles dominantes hasta entonces. Se puede asegurar que el movimiento independiente del 10 de Agosto de 1809 tuvo una resonancia trascendental y definitiva en los destinos del Continente. Lo que hasta ahora se conservaba como una vaga idealidad, como un remoto anhelo de los espíritus selectos, tomó contornos definidos y las aspiraciones supieron el fin al cual debían dirigirse. En abril, y en julio de 1810 se constituyeron Juntas de Gobierno simi-

lares a las de Quito, en Caracas y en Santafé; y a estas ciudades siguieron otras muchas.

Estas Juntas no fueron lo suficientemente explícitas en sus declaraciones y acaso por ello no consta la firma de Bolívar al pie del acta de Caracas; pero la Junta que conocía las ideas, el valer y los conocimientos del joven Bolívar, como primer paso de gobierno envió a Inglaterra una comisión compuesta de Bolívar, López Méndez y Andrés Bello. Si no obtuvo grandes resultados esta Comisión, para los fines que se proponía la Junta, en la vida de Bolívar es el momento decisivo y de este momento parte el camino que ha de conducirle a la meta gloriosa. En Londres busca al General Miranda y le decide a regresar a América. La causa de la independencia necesitaba un caudillo militar y nadie podía ser con más derecho que el gran soldado de la Revolución Francesa.

En Caracas, como en Quito y en otras partes, la Junta que había comenzado aclamando a Fernando VII, concluyó por declararse Soberana y entonces fué cuando la reacción española, se levantó con inusitada violencia, provocando insurrecciones de ciudades y traiciones de muchos hombres, junto con la rivalidad caudillesca que asomaba ya en todos los campos. En tan graves circunstancias Miranda fué reconocido como Generalísimo y Bolívar enviado por Miranda a asegurar la plaza de Puerto Cabello. Pero todo se confabuló contra el Generalísimo: el fanatismo religioso y los fenómenos natura-

les, hasta que la traición de Vinoni entregó a los españoles la plaza fuerte puesta al cuidado de Bolívar. En caso tan grave, Miranda quiso sacar el mejor partido de la dificultad en que se encontraba y consiguió, por una capitulación, la promesa de que serían respetados la vida, los bienes y la libertad de los patriotas comprometidos en la revolución.

La capitulación no se cumplió por los españoles, y, aún más, la ingerencia del fatídico Miguel Peña, Gobernador de la Guaira, hizo que se apresara a Miranda. Bolívar pudo salvar afortunadamente y embarcarse días después con dirección a Cartagena, acompañado de un núcleo de valientes.

Ya no importaban mucho tantas desgracias. Los españoles creyeron haber triunfado de la revolución definitivamente. Miranda fué enviado a una prisión de Cádiz en la cual murió con un dogal al cuello cuatro años después, en 1816. La vida del Precursor no necesitaba más brillo para ser inmortal. Con haber luchado por la Revolución Francesa combatió ya por la libertad de América. Sus exploraciones a este Continente y su llegada oportuna para decidir a la Junta de Caracas a declarar la independencia, eran los otros servicios que podía prestar a su patria. Después, la ruta quedaría trazada y, lo que es más, formado ya definitivamente el hombre, aquel hombre que no encontraba Humbolt, para dirigir los destinos de América hacia la libertad.

El Coronel de milicias, Simón Bolívar, iba a asumir no solamente el puesto dejado por Miranda sino el puesto de mando que necesitaba la revolución independiente de Venezuela y de Nueva Granada y del Ecuador y del Perú y de toda la América. Comprenderéis que para llegar a tal puesto no son menester únicamente de

las dotes guerreras; el grado le era necesario para aparecer ante las multitudes, para tener el derecho de asumir la Jefatura; pero su fuerza, su valor y su valer no residían en la espada ni en los conocimientos tácticos que no tenía. General, y de verdad fué Miranda, pero estaba desarraigado de su tierra y no defendía sino el concepto abstracto. Mas soldado era Páez; más legista Santander; pero sólo Bolívar era el hombre que reunía como un haz de rayos todos los diversos aspectos de la realidad y que además tenía la clara conciencia de lo que debía hacerse para triunfar, de lo que debía ser América en lo futuro, de los problemas que tenía el Continente y de los destinos de la raza americana en la historia del mundo.

So espíritu ~~de su tiempo~~ con lucidez extraordinaria. Todos los grandes patriotas de la época tenían sentimientos comunes por sólo un aspecto universal: el anhelo de independencia; pero todos vivían encerrados dentro de la tradición. Soñar en patrias chiquitas, no alcanzaban a ver más allá de su propia ciudad o del territorio creado por la jurisdicción española. Buscaban su libertad, no la libertad. Bolívar, desde los primeros instantes, supo englobar el problema en toda su magnitud; se salió de los linderos de la Patria y desde Curazao o desde Jamaica, cuando otro hombre hubiera perdido toda esperanza, Bolívar trazaba el programa de la revolución y sentaba las bases para la conciencia de América.

Transgresor de fronteras, podíamos llamarle, como Zweig llama a Dostoiewski.

“La tradición es una muralla de piedra hecha de pasados que ciñe al presente. Quien tenga anhelo de futuro, por fuerza ha de saltarla, pues la naturaleza no tolera altos en el conocer. Y aunque aparentemente quiere el orden, en el fondo sólo ama a quien pasa por sobre él para crear un orden nuevo. Ella misma es la que engendra en unos pocos, por plétora de fuerzas, esos conquistadores que abandonan las tierras familiares del alma para lanzarse a los oscuros océanos de lo desconocido en busca de zonas nuevas del corazón, de mundos nuevos del espíritu. A no ser por estos audaces transgresores, la Humanidad viviría prisionera de sí misma, encerrada en un círculo sin escape. Sin estos grandes mensajeros en que se adelanta así propia, cada generación ignoraría sus caminos. Sin estos grandes soñadores, la Humanidad no entrevería nada de su profundo sentido. No los estudiosos pacientes y sedentarios, los geógrafos comarcanos, han ensanchado el Mundo, sino los desesperados que se aventuraron por mares ignotos buscando continentes nuevos. Ni son los psicólogos, los científicos, quienes descubren la hondura del alma moderna, sino esos poetas desmesurados que no se detienen ante ningún límite”.

Poeta desmesurado que tuvo anhelo del futuro, fué Bolívar. Conquistador y creador; iba a descubrir y a fundar. Iba a dejar para Améri-

ca las tablas de la ley, junto con la leyenda de guerrero triunfante. Si alguna vez ha de servir la espada para crear y no para destruir, fue en las manos de este Hombre de América.

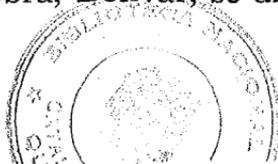
La revolución de Venezuela había sido vencida completamente. Bolívar pudo salvar de la venganza gracias a la intervención de un generoso español, don Francisco Iturbe. En Curaçao permaneció pocos días, hasta organizar sus ideas y sus proyectos, y luego se dirigió a Cartagena, ciudad de Nueva Granada, que se había declarado por la Revolución. ¿Quién era entonces Bolívar? Un joven acaudalado, que se portó valientemente en Puerto Cabello, que destruída la revolución en Venezuela, su fervor por la independencia le llevaba a las playas de Cartagena para ofrecer sus servicios a la causa de la libertad y seguir combatiendo, como uno de tantos, como José Félix Ribas, como Manuel Díaz, como Francisco Bolívar, como otros más, que con él habían partido derrotados.

¿Uno de tantos? No. Desde que Bolívar llega a Cartagena asume el mando de la revolución de América. A donde no vaya él, irán sus ideas, su influencia, su prestigio, su fama. No llegó como el exilado sin esperanzas, sino como el hombre poseedor del secreto que debía salvar a la revolución. No iba a pedir sino a dar. Este alcance tiene el Manifiesto de Cartagena, uno de los documentos que servirán de base para seguir escudriñando en la obra de Bolívar. Sus Evangelios son este Manifiesto, la Carta de Ja-

maica, el Discurso de Angostura y la Constitución Boliviana. Estos documentos, en primer término, nos sirven para establecer la unidad del pensamiento de Bolívar, la seguridad de sus concepciones desde el primer momento, y para ahondar, después, en la exégesis de su obra de creador y de profeta.

Falsamente se cree que todo se ha dicho sobre Bolívar. Es cierto que se han estudiado minuciosamente sus campañas, se han levantado monumentos de documentación para conocer e ilustrar cada acontecimiento de esta existencia prodigiosa, se sabe hasta el empleo diario de su vida; pero todavía habrá mucho que decir, mucho que estudiar. ¿En cuántas batallas intervino Bolívar? Para qué averiguarlo? El tiempo que empleó en la guerra fué un tiempo precioso que su genio perdió. Así como Morillo decía que Bolívar era más temible en la derrota que en la victoria, se puede afirmar que, el hombre de las dificultades, como el mismo gustaba de llamarse, es más admirable fuera de los campos de batalla, allí donde su genio creador y constructor encuentra hombres, pueblos, naciones que dirigir, que organizar y que orientarlos al destino que entreveía en sus profundas meditaciones.

Casi todos los panegíricos de Bolívar, escribe el historiador Pereyra, exaltan, en un sentido con razón, lo que constituye precisamente la causa de la esterilización de su genio en los resultados de la obra, Bolívar, se dice, fué un gue-



rrero que dió cerca de quinientas acciones de armas, directamente o por medio de sus capitanes; que peleó catorce años; que subía y bajaba los Andes, para nuevas conquistas y para reconquistar lo perdido; que con legiones de sombras hacía una epopeya; que después de perdida una campaña y de verse agobiado por una dolencia mortal, hablaba de vencer... Todo esto, en su conjunto, es trágico, y alguien ha dicho con mucha razón que aquel hombre estaba condenado a hacer ladrillos sin paja. Los catorce años de lucha, son por lo menos doce de lucha estéril—enérgica, continua, genial, pero estéril—; porque el territorio que, ayer se ha ganado mañana se pierde, y porque todo avance hacia el enemigo está compensado por la anarquía que viene a la retaguardia. En tales condiciones Bolívar no es un general: es un Sísifo”. Y sin embargo según la expresión clásica, Bolívar es el rayo de la guerra y “el brillo de su espada— es el vivo reflejo de la gloria”.

Ya no quedará nada por decir en la vida y en la obra de este gran espíritu? Por el contrario, creo que los Gobiernos de América debieran hacer lo que se ha hecho con las obras excelsas de la humanidad: poner una cátedra para que diariamente se estudie y se explique el pensamiento recóndito de la obra que viene a constituir una perpetua enseñanza y un constante descubrimiento. Desde el primer día en que Bolívar concibió el proyecto de separar América de España tuvo la conciencia plena de que su em-

peño no era obra de hazañas sino de peligros, para vencer los cuales no era suficiente la vida de un hombre, pero si la enseñanza de un ser superior; por eso se empeñó en plasmar con sus manos la obra ideada, pero sobre todo tuvo el cuidado de escribir, de manera sobria e imborrable, el Evangelio que los pueblos de América debían observar para que esta obra se realizara en el tiempo y a través de las dificultades.

Se dice que la vida de Jesús estaba prevista en los escritos de los antiguos profetas: allí estaban señaladas la pasión, la muerte y la gloria que tenía que cumplirse, y que, el Hijo del Hombre, las cumplió. En el caso del Nuevo Mesías, del Mesías de la Libertad, los acontecimientos no fueron previstos por ningún profeta; los previó él mismo, los describió él mismo. Nunca se llamó a engaño acerca de las asechanzas y de las ingratitudes de que iba a ser víctima; por el contrario, las midió con una clarividencia extraordinaria y empleó todo su poder para encauzar el torrente de las pasiones dentro de normas que dieran por resultado la organización de estos pueblos, que al salir de la guerra se entregaban con furor a la borrachera del libertinaje. Nunca adecuó su pensamiento a las circunstancias; éstas estaban previstas y, con sabiduría de estadista profundo, señaló el mal y el remedio puesto al margen. No puede en América llamarse estadista aquel que desconozca las ideas de Bolívar.



He dicho que desde la llegada a Cartagena Bolívar se presentó al Gobierno Revolucionario no como un exilado que pide sino como el protector magnánimo: cosa inusitada, dados los pocos antecedentes de su vida pública, pero a la que le faltaba el genio del que se sentía poseído.

“Yo soy, granadino, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente en medio de sus ruinas físicas y políticas, que siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi Patria he venido a seguir aquí los estandartes de la independencia, que tan gloriosamente tremolan en estos estados”.

Sí, este era el objeto aparente, pero los principales, libertar a la Nueva Granada de la suerte de Venezuela; presentar los errores en que había incurrido el Gobierno de Venezuela, para que, huyéndolos, en la Nueva Granada, se salvara la libertad. He aquí sus enseñanzas: no hay que imaginarse Repúblicas aéreas; las leyes deben ser fruto de la ciencia práctica del Gobierno, no la copia ni adaptación de los códigos extranjeros; el sistema federal, bien que sea el más

perfecto y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad, es el más opuesto a los intereses de los nacientes estados. Hay que centralizar los gobiernos americanos; desterrar el espíritu de partido; combatir el fanatismo y la influencia religiosa, y, desechando la guerra defensiva, perjudicial y ruinosa, ver el problema que comportaba la guerra en ese momento, en grande, sin recluirse en el egoísmo de la circunscripción. Si Nueva Granada había de salvarse, sería venciendo al enemigo de Venezuela. Las primeras palabras de Bolívar eran, pues, para crear la conciencia nacional. Por ese tiempo, cada ciudad se había constituido en una ridícula república, y los teólogos y los abogados que hablaban de independencia, dice Fernando González, no querían salir ni ver más lejos del recinto de su estudio. Bolívar venía a decirles que era necesario constituir Patrias grandes, unidas y fuertes. En ese medio en que no había la clara conciencia de Patria, Bolívar creaba ya una muy hermosa al solo conjuro de su palabra.

El Coronel Bolívar fué acogido por el Gobierno de Cartagena, que le dió un puesto secundario, con sujeción a Labatut, un buen patriota miope y mediocre, que condenó a Bolívar a la inacción. Pero, ¿quién podía domeñar y apagar ese fuego? El enemigo estaba muy cerca; Bolívar pidió autorización para combatirlo; Labatut no lo creyó prudente; pero Bolívar, enemigo de las tradiciones, saltó sobre la discipli-

na y batió completamente al enemigo en Tenerife y continuó de triunfo en triunfo hasta Mompós. "Si nací en Caracas, mi gloria nació en Mompós", decía más tarde Bolívar. Era el paso inicial que necesitaba dar; después no tenía sino que desplegar su genio y recoger fronteras. Desde ahora ya no es el caraqueño distinguido sino el hombre de América. Su Manifiesto y su fortuna crearon un ejército ansioso de libertar a Venezuela. Bolívar guiaba ese ejército; un compatriota nuestro, un quiteño, don Antonio de Villavicencio, le acompañaba como comisionado del Gobierno Granadino. Villavicencio se dió cuenta de que se hallaba ante una figura superior y nunca trató de impedir su vuelo. Al fin de la gloriosa campaña en que el pequeño ejército salido de Cúcuta libertaba a Venezuela, Villavicencio pedía al Gobierno de Nueva Granada el título de Salvador de su Patria para el vencedor.

Por esta campaña Caracas le proclamó Libertador, Jefe Supremo del Estado y General en Jefe del Ejército. El 27 de agosto de 1812 había huído de Venezuela, después del desastre; llegado a Cartagena el 14 de noviembre, y comenzado el 23 de diciembre su primera campaña. El 6 de agosto de 1813 entraba triunfante en Caracas y era aclamado Libertador. He aquí como por derecho de conquista llegaba a ocupar el puesto que le correspondía y que no iba a abandonarlo ya, porque ejercerlo era cumplir con una

misión que se había impuesto él mismo y que le había impuesto la naturaleza.

Dicen los historiadores que, al hallarse el Libertador por primera vez investido de la autoridad política y civil, no se encontraba capacitado, por sus estudios ni por la experiencia, para ejercer tan alto cargo. Mezquina manera de comprender el genio: Y en qué escuela había aprendido el arte de la guerra? No obstante, la campaña maravillosa estaba demostrando que su capacidad provenía de un más alto destino.

A poco más de un año de haber salido de vencida, volvía a su Patria, que le constituía en dictador. Pero desde este momento principió la eterna lucha que había de perseguirle hasta su muerte. Los espíritus exaltados, que obraban de buena fe, establecieron estrecha alianza con los vulgares ambiciosos que a todo trance procuran impedir la elevación ajena de miedo de que esa sombra impida crecer el mérito de que la mediocridad se cree investida. Sí, hay espíritus nobles incontaminados por la realidad, y por lo mismo ineficaces para la acción, que no pueden salir de los sistemas especulativos creyéndolos dueños de toda la verdad, y que con buena fe cuidan celosamente que los principios no se menoscaben, sean cualesquiera las circunstancias, los tiempos y los países.

La oposición que se estableció así desde el primer día en que el Libertador asumió el mando, le perseguiría, ya con buenas, ya con falsas razones, hasta destruir su obra y acabar con su

vida. Todavía más. Cuando tan urgente era la unión de todos los patriotas para la liberación del país, en el Oriente de Venezuela se levantó un imponente partido encabezado por el joven Mariño, quien en campañas también admirables y en compañía de Piar, los dos Bermúdez, Arismendi y otros habían conseguido triunfar de Boves y Morales. Mariño era un caudillo militar, valiente sobre manera, meritísimo como el que más en los campos de batalla. Al ser aclamado Bolívar dictador en Caracas, Mariño lo fué en el Oriente. He allí dos dictaduras, dos hombres que se contraponían, manteniendo sin embargo el mismo ideal. Reunidos los dos hubieran triunfado del enemigo; separados, el enemigo triunfó de ellos. Cuando Mariño se resignó a poner sus tropas a órdenes del Libertador, ya era tarde; las proezas de Bárbula y de San Mateo, no fueron suficientes para contener la derrota.

El Libertador multiplicó los recursos de su ingenio; puso en juego el talento, la audacia, la crueldad. Es la época más tormentosa de la vida de este grande hombre; las circunstancias llegaron para obligarle a dictar muchas medidas, que en cierta manera, piden todavía una justificación. En ningún tiempo se pudo decir con mayor razón que la guerra es el mayor mal que padece la humanidad. Este fué el tiempo de la guerra a muerte; de los fusilamientos de la Guaira, Macuto y Cardonal; de la primera traición de Piar y de Ribas. Se combatió heroicamen-

te; los golpes de genio del Libertador hicieron brillar con toda gloria los hechos de Bárbula y de San Mateo; para que Páez y sus llaneros que traían la leyenda de su inaudita temeridad, supieran que este hombre pequeñito de cuerpo, pero encendido en llamas, era digno de ser su jefe, no sólo por el talento sino por el valor, en la batalla de La Puerta su heroicidad llegó a límites extraordinarios. Refiere un oficial británico que se veía al Libertador en todas partes del combate :

Llevaba, dice, un gorro de cuero de tigre. En una ocasión atravesó con su lanza al abanderado de un batallón suyo que se retiraba. Luego cogió el pabellón y lo arrojó en medio de las filas enemigas hacia las cuales corrió, gritando a sus soldados que le siguieran a recuperarlo... El Teniente Coronel Rooke, que siempre estuvo al lado de Bolívar durante la batalla, y que fué herido dos veces, me dijo después que él creía que Bolívar había perdido el juicio o que buscaba la muerte, tanto era el poco cuidado que hacía de su persona”.

Los desastres de La Puerta y de Aragua entregan a Venezuela, en manos de Boves y de Morales. Sin esperanzas de reacción, el Libertador se decide a abandonar Caracas y se verifica entonces la emigración de 1814. Todas estas desgracias eran necesarias para que por medio de ellas se aquilatara más tarde el mérito de este hombre lleno de constancia y de fe en el porvenir. Sus émulos culparon al Libertador



del desastre de la campaña; sus émulos que pudieron salvar pequeñas partidas perdidas en la extensión de Venezuela, se creían ya libres de este genio avasallador que no admitía competición.

Puede decirse que hasta este momento Bolívar había sido reconocido por las clases elevadas y conscientes de la misión libertadora; pero enemigos de la independencia eran en su mayor parte los sacerdotes y religiosos y la masa del pueblo. ¿Por qué? Acaso podamos examinarlo después. Y enemigos de Bolívar eran no sólo los jefes españoles sino todos aquellos que en calidad de jefes se habían levantado en favor de la revolución y que o aspiraban al mando supremo o ejercitaban la guerra con toda irregularidad, como bandoleros, y no querían un jefe que pusiera coto a su desenfreno.

El Libertador regresó a Nueva Granada a dar cuenta de su conducta ante el Congreso, y desde la barra expuso cuanto le había acontecido: victorias y reveses; accidentes prósperos y adversos.... Cuando concluyó su discurso, el gran Camilo Torres, le dijo: "**General: vuestra Patria no ha muerto mientras exista vuestra espada; con élla volveréis a rescatarla del dominio de sus opresores. El Congreso granadino os dará su protección, porque está satisfecho de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un grande hombre**". He aquí el primer reconocimiento del genio en to-

da su amplitud, sin embargo de tratarse de un general que regresaba derrotado.

Es placentero para el patriotismo ecuatoriano recordar que, por esta época, Carlos Montúfar, que había logrado huir de su prisión en Panamá acudió a reunirse con las fuerzas del Libertador.

Con el apoyo de Nueva Granada intentó el Libertador volver otra vez a Venezuela; pero la odiosidad de Castillo se levantó amenazante en Cartagena y para impedir que se declarara una guerra civil, el Libertador renunció a su empresa, al mando de la tropa que se había puesto bajo su cuidado y prefirió salir camino del destierro: "El que abandona todo por ser útil a su Patria, nada pierde; antes gana cuanto le consagra", decía al despedirse, añadiendo en una carta: "Amo la libertad de América más que la gloria propia". Nótese cuánto de creadora tiene la desgracia. Ya no se trata solamente de Venezuela y de Nueva Granada: se trata de la libertad de América. El pensamiento del Libertador va haciéndose cada vez más nítido. Nunca hay tanta plenitud en el talento del héroe. En la miseria vivió en Jamaica; desesperado debió estar y, sin embargo, en ningún tiempo, la voz de un vidente se ha levantado más llena de promesas ni ha pronunciado las profecías con mayor claridad. Para el Libertador ya no tenía secretos el porvenir; sabía del alcance de su misión; las dificultades que él podría vencer y aquellas que quedarían para resolverse con el

tiempo. En el destierro escribió la célebre Carta de Jamaica, que es la carta de las profecías. No desprenderé sino los párrafos que necesito para hacer notar que aquello que llevó a ejecución el Libertador en su gloriosa carrera, no fué por obra de las circunstancias, sino por haberlo visto y previsto, con deslumbradora claridad, desde el principio de su carrera política. La clarividencia del genio sintetizó poderosamente las características de América de manera de hacer el estudio sociológico del Continente y de señalar los problemas psicológicos y de otras clases, que tendrían que resolverse en el andar de los tiempos.

El Libertador pasa revista, en esta Carta, a cada una de las naciones de América y las analiza con una justeza tan sorprendente, que todo lo que de ellas dijo va encontrando confirmación a medida que transcurren los años: Chile puede ser libre; el Perú encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos; en América no puede consolidarse ni una gran monarquía ni una gran república; la Nueva Granada se unirá con Venezuela; pero como es muy posible que la Nueva Granada no convenga en el reconocimiento de un gobierno central, formará por sí sola un estado. La revolución de América tiene un carácter muy especial: los americanos, esto es, los hijos de españoles nacidos en América, son los que reivindican sus derechos; la revolución no se hace por los antiguos pobladores de América. Hallándose es-

te Continente compuesto de una población híbrida, en la que no son indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles, la clase que hacía la revolución tenía que disputar los derechos de europeos contra los hijos del país y mantenerse en el país contra la invasión de los extranjeros. Caso extraordinario y complicado, tanto más cuanto que la guerra se ha producido cuando América no estaba preparada para desprenderse de la Metrópoli y que los americanos han subido de repente, sin los conocimientos previos, y, lo que es más sensible, sin la práctica de los negocios públicos; y esto cuando, como dice Montesquieu, es más difícil sacar un pueblo de la servidumbre que subyugar uno libre. No es posible formar en el Mundo Nuevo una sola nación, porque climas remotos, caracteres desemejantes, intereses opuestos, dividen a la América. Este Continente—el de habla española— puede dividirse en quince o diez y siete estados independientes, de sistema republicano; estos Estados han menester de los cuidados de gobiernos paternos que curen las llagas y las heridas del despotismo y de la guerra, que eviten que caigan en anarquías, demagógicas o en tiranías monócratas. Colombia, de la que ya habla en esta Carta, imitaría en su gobierno al inglés, con la diferencia de que en lugar de un rey habrá un Poder Ejecutivo electivo, cuando más vitalicio, y jamás hereditario. Si no es posible formar un solo grande Estado, “¡ qué be-

llo sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo”.

Qué admirable es esta Carta. Bolívar se hallaba en el destierro, puesta su cabeza a precio, en la miseria, sin saber si podría regresar a su patria, si la revolución perduraría, y sin embargo fijaba el programa que debía seguirse para conseguir la libertad de América, vaticinando sobre la suerte de cada nación. Y quién podría llevar a cabo ese programa sino el mismo que lo había concebido? En esta Carta están expuestas todas las labores en que iba a emprender hasta el fin de su vida, que tiene una armoniosa unidad, que no se tuerce ni transforma con los años ni con las vicisitudes. Esta unidad de pensamiento es la que debe tener en cuenta todo aquel que quiera juzgar la obra bolivariana para no caer en la tentación de aventurar juicios y de hacer deducciones antojadizas con el pretexto de sacar conclusiones sociológicas.

De Kingston pasó el Libertador a Haití en donde se le reunió un grupo de revolucionarios salvado de los desastres de Venezuela. El Libertador era el centro de atracción para todos ellos; en él estaban la revolución y la indepen-

dencia; sólo él podía concebir aún proyectos de esperanza, y a infiltrarse de confianza iban los emigrados que, cuando le escuchaban, no podían menos de llenarse de fe. El duque de Manchester, después de haberle invitado a su mesa y haberle escuchado los fantásticos proyectos que hacía, cuando más miserable se encontraba, escribía a Londres que en el general Bolívar "la llama había consumido al aceite". En Haití no decían lo mismo los emigrados; por el contrario le iban a buscar para fortalecerse, para cobrar confianza, para vivir minutos de optimismo. Doscientos cincuenta hombres estaban a su torno, sugestionados con su palabra, alentados con el borbollón profético que salía de los labios del hombre creador. Y no todos esos emigrados se le acercaban con el corazón sano; entre ellos había muchos que se le presentaban como competidores; allí estaban Mariño, Piar, Bermúdez, Montilla. Ellos también eran jefes; cuando se levantaron a combatir no admitieron jefe; por el contrario, muchos de ellos habían sido proclamados dictadores en las provincias en que su valor era reconocido.

Pero se acercaban al Libertador y era tal el poder de atracción que tenía este hombre extraordinario, que todos, al escucharle, quedaban vencidos, domeñados, más bien. Y así resolvió el grupo regresar a seguir combatiendo en Venezuela. Pero apenas la mirada de Bolívar desamparaba al grupo, las disensiones comenzaban y la ira rugía en la caverna. Antes que po-

nerse a las órdenes del Libertador, algunos quisieron partir a México. Al fin la expedición llegó a playas venezolanas. Morillo, el pacificador, había sometido ya a Venezuela y a Nueva Granada. ¿Qué iba a hacer el puñado de hombres que llegaba con Bolívar? ¿Qué iba a hacer cuando la reacción de odio se levantó más poderosa y era necesario combatir no solamente con los enemigos, sino con los mismos revolucionarios? Sólo un hombre de tanta potencia vital como Bolívar podía pasarse catorce años de lucha con los enemigos y con sus propios generales, con los españoles y con los americanos, llevando sin embargo en alto un ideal, el de la libertad de América, el de la organización de estas repúblicas, el del poderío del Continente.

Mariño y Bermúdez se declararon contra Bolívar y le depusieron del mando. Otra vez regresó al destierro. Era el año de 1817. En el tejer y destejer de esta tela, que lo mismo podía servir para un manto que para una mortaja, se pasaban los años. Sólo el pensamiento de Bolívar irradiaba con igual tranquilidad y confianza. En el destierro, en la desgracia, perseguido por los enemigos, cuando más enfermo se hallaba, sus palabras de fe en los destinos de América salían causando sobresaltos, como extrañas promesas sibilinas. Ausente Bolívar, ¿quién podía conducir a esas mesnadas de hombres voluntariosos, que no querían admitir jefe, pero que marchaban sin rumbo? El Libertador,

sólo él, y por él acudieron los buenos patriotas al destierro en que se encontraba.

Y otra vez a la lucha. Reúne a los dispersos; alienta a los vacilantes, imprime rumbo a la guerra; da mayor vigorosidad a las ideas de independencia; conquista al llanero que antes había sido el más encarnizado enemigo de la Patria; atrae y somete a los caudillos bárbaros, cría con delectación romántica la idea de nacionalidad, que la va repitiendo ya, por las ciudades y por los poblados, que va haciéndose carne en el pueblo. Y no por eso deja de combatir. El 31 de enero de 1818 se reúne en los llanos con el terrible Páez, y se pone a organizar la tropa de llaneros. Para esto no era suficiente solamente el valor. Páez, al llanero que se insubordinaba le retaba a singular combate y le sojuzgaba. A Páez y al llanero tenía que domeñar Bolívar: el llanero le acompañaría hasta Ayacucho; Páez no permanecería fiel sino bajo los ojos del domador.

Después de Mariño, fusilado Piar, ya llegaría la hora de los nuevos caudillos de la resistencia al genio: Páez y Santander iban a oponérsele cuantas veces fuera posible, cuantas veces podían substraerse de la fascinación poderosa de Bolívar. La lucha era contra los Tenientes indómitos o los cazurros ambiciosos; pero también se luchaba contra los españoles y, así el 14 de febrero de 1818, derrotaba a Morillo en Calabozo.

La guerra era un medio; pero el fin estaba en la creación de la Patria, en el obtenimiento de la independencia para América. Cuando más afanado se encontraba en subsanar tantas contrariedades, cuando Arismendi era en Margarita un señor feudal, Mariño un verdadero dictador en las Provincias Orientales y apenas podía contarse con la subordinación de Páez, el hombre de las dificultades concebía más grandiosos proyectos: constituir una gran Patria y libertar a América. A Puyrredón, Supremo Director de las Provincias del río de la Plata, le hablaba del Pacto Americano, mientras preparaba su admirable campaña a Nueva Granada, después de organizar el Congreso de Angostura. Hombre creador, que también sacaba los elementos de la nada, que de las dificultades hacía surgir espléndidas realizaciones. Manteniendo al enemigo a raya y sugestionando con el poder de su voluntad a esos generales, la mayoría de los que más tenía de bandoleros que de patriotas, se pasó los años de 1817 al 19. Y para dar una expresión tangible a su ideología, convocó el Congreso de Angostura, por mucho que sólo una pequeña porción de Venezuela se hallara libre. Ante este Congreso pronunció su célebre Discurso, que es una de las claves del pensamiento de este gran realizador de ideales. Bolívar redactó este Discurso cuando subía el Orinoco. Cuenta O' Leary :

“Acompañado Bolívar de su estado mayor y del secretario de guerra, emprendió viaje y

llegó a Angostura el 8 de febrero. En los intervalos de este viaje compuso su discurso de instalación del Congreso de 1819.

“Reclinándose en la hamaca durante las horas de calor opresivo del día, o en la lechera que le conducía a bordo, sobre las aguas del majestuoso Orinoco, o bien, a sus márgenes, bajo la sombra de árboles gigantescos, en las horas frescas de la noche, con una mano en el cuello de su casaca y el dedo pulgar sobre el labio superior, dictaba a su secretario, en los momentos propicios, la constitución que preparaba para la República y la célebre alocución que ha merecido tan justa admiración de los oradores y estadistas. Las circunstancias y la situación apenas podían ser más adecuadas para despertar en un hombre de imaginación tan viva, los más elevados sentimientos.

“Las márgenes del caudaloso río presentaban aquí y allí al pasajero las ruinas esparcidas de poblaciones desoladas y pruebas evidentes de la devastación de Boves. Lo grande y sublime de la escena recordaban al hombre su propia pequeñez, le inspiraban los pensamientos sublimes en que abunda aquella producción admirable”.

Siendo el Libertador para todo aquel que medita en su obra y en sus empresas ante todo el hombre que crea y no el que triunfa, el que piensa y no el que batalla, el que organiza pueblos y no ejércitos solamente, este Discurso constituye la clave de todo cuanto el Libertador anheló para América y para el hombre. Móvil, in-

quieto, imaginativo, dinámico, su pensamiento sin embargo seguía un ritmo fijo: las principales ideas del Discurso están ya enunciadas en la Carta de Jamaica; hay párrafos enteros que se han transcrito; aquí se los organiza en mejor forma, se les da la aplicación práctica. Para que los gobiernos sean estables es necesario fundir la masa del pueblo en un todo, con gobiernos centrales que busquen la unificación, por lo mismo que la sangre de nuestros ciudadanos es diferente; el federalismo consulta el espíritu de las provincias, pero no la idea sólida de formar una República indivisible. Sólo la democracia es susceptible de una absoluta libertad. Las leyes que se dicten para los pueblos tienen que ser apropiadas al carácter y costumbres de sus habitantes y no la aplicación de Códigos que rigen en pueblos extraños. El gobierno que convenía a la república naciente era el democrático, dividido en poderes; pero en el cual el Ejecutivo tuviera permanencia para encaminar su acción, sin las trabas de la interinidad y tener fuerza suficiente para acarrear el respeto de los ciudadanos, bien que con deberes que le contengan dentro de los límites de lo justo y de lo legal. Los pueblos de América por su atormentada historia, habían vivido uncidos al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio y las mismas clases elevadas no estaban en condiciones de gobernar, porque España les había privado de la **tiranía activa y doméstica**, al excluir a los nacidos en América de los puestos de alguna impor-

tancia. Por lo mismo, las labores que se imponían en ese momento eran las de crear no sólo un cuerpo político sino una sociedad entera; había que crear ciudadanos y magistrados. Las leyes no podían dictarse por colectividades no preparadas y heterogéneas, y, por tanto, sin alterar la esencia del espíritu democrático debía establecerse un Senado hereditario que pare los rayos del Gobierno y rechace las olas populares, además de constituir una escuela en la que se preparen candidatos para un oficio para el que se necesita mucho saber y los medios proporcionados para adquirir su instrucción. Ésta no era institución de una nobleza, sino de un oficio. Todas las partes del gobierno y de la administración necesitan conservar un grado de vigor que guarde un perfecto equilibrio, **“no sólo entre los miembros que componen el Gobierno, sino entre las diferentes fracciones de que se compone nuestra sociedad”**. La educación popular debe ser el cuidado principal de la República; había que constituir un Areópago que vele sobre la educación de los niños y la instrucción nacional, que purifique lo que se haya corrompido; este Areópago sería la creación de otro Poder del Estado, un poder moral para regenerar el carácter y las costumbres que la guerra y la tiranía habían impuesto. Debía también promoverse una emulación y un prestigio, una clase de ciudadanos que el Estado reconozca por sus méritos; con este objeto y con el de hacer un público reconocimiento de los tantos guerreros que

salieron a los campos a combatir por la Patria, el Libertador había instituído una Orden y el Congreso debía completar esta medida con la distribución de los bienes nacionales en pago de esos mismos servicios. Por último, la ley fundamental debía reconocer como necesidad improrrogable la reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grandé estado. Hay que tener presente que al hablar de Nueva Granada, el Libertador comprendía en ella a la antigua Presidencia de Quito.

Cómo es placentero revisar los proyectos que hace más de cien años bullían en la mente milagrosa de este creador de pueblos y de instituciones. Todas sus proposiciones se hallan en pie, sólo que nuestros estadistas y políticos gustaron más de seguir el pensamiento de teóricos extraños o las formas de gobierno de naciones extranjeras, olvidando, como decía Bolívar, que la excelencia de un gobierno no consiste en su teoría, en su forma, ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye. Y nadie como Bolívar penetró tan hondamente en el alma del Nuevo Mundo, nadie conoció con más precisión la clase de problemas políticos y sociológicos de ese momento y de un futuro enormemente alargado.

Cuando Barthou escribía *El Político* afirmaba que todo lo que al respecto podía decirse estaba contenido ya en los pocos capítulos que hacía más de doscientos años dedicara al políti-

co el viejo La Bruyere; otro tanto y más podría decirse con respecto a la obra escrita de Bolívar: él que había conseguido modelar el rebelde barro del llanero hasta convertirle en un patriota; él que iba a infundir aliento y vida en todo el Continente, conoció, por estudio y por intuición genial, como nadie ha podido conocer después, la psicología de su pueblo. Bastaría recordar algunas de sus observaciones para saber cómo es de actualidad el pensamiento del Libertador y qué enorme provecho podrían sacar nuestros hombres públicos si se dieran el tiempo de meditar en las profundas enseñanzas que contienen los escritos de Bolívar, que son la obra perdurable del genio, a la cual no se pueden culpar errores de gobierno ni crueldades de guerrero.

Voy a entresacar de este discurso algunos párrafos que parecen escritos con vista de los actuales acontecimientos de nuestras repúblicas: "La continuación de la autoridad en un mismo individuo, frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos". "Un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción; la ambición, la intriga, abusan de la credulidad y de la inexperiencia de hombres ajenos de todo conocimiento político, económico o civil; adoptan como realidades las que son puras ilusiones; toman la licencia por la libertad, la traición por el patriotismo, la venganza por la justicia. Semejante a un robusto ciego que, instigado por el sentimiento de sus fuerzas, marcha con la seguridad del hombre más perspicaz,

y, dando en todos los escollos, no puede rectificar sus pasos". "Las buenas costumbres, y no la fuerza, son las columnas de las leyes; el ejercicio de la justicia es el ejercicio de la libertad". "Son los pueblos más bien que los gobiernos, los que arrastran tras sí la tiranía". "El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible; mayor suma de seguridad social, y mayor suma de estabilidad política". "En las repúblicas, el Ejecutivo debe ser más fuerte, porque todos conspiran contra él, en tanto que en las monarquías el más fuerte debe ser el Legislativo, porque todo conspira en favor del monarca". "Un magistrado republicano es un individuo aislado en medio de una sociedad, encargada de contener el ímpetu del pueblo hacia la licencia, la propensión de los jueces y administradores hacia el abuso de las leyes". "No es probable conseguir lo que ha logrado el género humano, lo que no han alcanzado las más grandes y sabias naciones. La libertad indefinida, la democracia absoluta, son los escollos a donde han ido a estrellarse todas las esperanzas republicanas". Podría seguirse acotando este discurso y se encontrarían muchos otros avisos que la voz profética del Libertador dejó escritos para la posteridad.

Ya está puesta la piedra fundamental del edificio futuro; ahora es necesario seguir en la obra de la acción-creadora. Acaso no tiene fuerzas suficientes para oponerse a Morillo; pero hay que aprovechar de la naturaleza, de la sel-

va y de la lluvia: el enemigo puede esperar, mientras el Libertador busca recursos, hombres y victorias. Instalado el Congreso, Bolívar se pone a la cabeza del pequeño ejército que le ha quedado después de tantos reveses y concibe el audaz proyecto de burlar al enemigo, atravesar los Andes, con llaneros, muchos de los cuales no habían visto una montaña y que pertenecían a la cálida llanura oriental, y, triunfando en Nueva Granada, regresar con un ejército imponente a derrotar al enemigo que quedaba en Venezuela. Aquello fué admirable y más si se toma en cuenta que la expedición apenas se podía decir que era guerrera; era una cruzada de convicciones y una creación de conciencia patriótica; no se contaba con los soldados, sino con la eficacia, con la virtud de la palabra milagrosa, que iba a levantar a los pueblos, a crear ejércitos y a triunfar de los enemigos y de los émulos. Y el triunfo fué glorioso: Boyacá es la primera victoria decisiva; después de ella caben los reveses, pero ya no puede dudarse de que la independencia de Colombia será un hecho definitivo.

Vencedor de sus enemigos y vencedor de sus émulos, los cuales fraguaban conspiraciones para deponerle del mando, "alegando, dice O' Leary, la mala suerte que parecía acompañarle en todos sus proyectos" y sustituirle con el renombrado Páez de las Queseras del Medio, regresó a Venezuela. El odio, la emulación, la envidia, corrieron a ocultarse a la llegada del Libertador; sus enemigos emboscados, acudie-

ron a rodearle. No hay para qué decir que esos enemigos eran los altos jefes del ejército. Páez, que no acudió al lugar designado por Bolívar en cooperación de la campaña de Nueva Granada, volvió a la obediencia; Mariño, se sometió también.

En cambio, el pueblo venezolano que antes había combatido con frenética decisión en los ejércitos españoles, si no entraba en el convencimiento de sus intereses, se agrupaba tras de Bolívar, sojuzgado por el genio; y la gente civil ilustrada que presentía la terrible suerte que correría el país de entregarse en manos de algunos de esos jefes ambiciosos, bastos, inciviles, y máxime cuando no estaba concluída la guerra, prestaba su ciega adoración al genio de las victorias y de la organización política.

Desde este momento dos grupos iban a caminar junto al Libertador: el de los camaradas y amigos fieles, acompañados de ciudadanos eminentes que veían la salvación de la Patria en este hombre de ideas y de espada, y el de aquellos que se creían con las dotes suficientes para disputarle el mando.

Colombia, según antiguos votos del Libertador, existía ya; la Constitución de Angostura sólo fué la realización de esos votos. El Art. 5 de dicha Constitución dice: "La República de Colombia se dividirá en tres grandes Departamentos, Venezuela, Quito y Cundinamarca, que comprenderá las Provincias de la Nueva Granada, cuyo nombre queda desde hoy suprimido.

Las capitales de estos Departamentos serán las ciudades de Caracas, Quito y Bogotá, quitada la adición de Santafé". Hay que notar que también desde este momento queda notificada legalmente la independencia del Ecuador.

Y otra vez a la acción creadora; atrás se quedan sus enemigos carcomiéndose de ira. Vuelve a Bogotá. Firma un armisticio con Morillo; encarga a Sucre, el que será desde hoy el mejor de sus Tenientes y el único hombre fiel, el tratado de regularización de la guerra, contra el parecer de muchos generales y políticos. Prepara la expedición que debe marchar a libertar al Ecuador. Cuando se halla en estos preparativos se produce el levantamiento de Guayaquil, el 9 de octubre de 1820.

Pero, antes de venir al Sur es preciso concluir con el enemigo que se halla todavía poderoso en Venezuela, a donde regresa a preparar la campaña con toda la actividad que ponía en sus empresas. Vence los obstáculos que le ponen amigos y enemigos, y el 24 de junio de 1821, triunfa en Carabobo, determinando también con esta batalla la finalización de la guerra en Venezuela. Las partidas que quedaban no obstaculizarían a la realización de los proyectos del Libertador.

Lo admirable en la vida de este grande hombre es haber cumplido cuanto se propuso, en medio de la animadversión de los propios y contra un enemigo superior en armas y en posibilidades. Lo admirable es ver como toda clase

de enemigos se sintieron subyugados por el genio. Morillo declaraba que el día más feliz de su vida había sido aquel en que pudo ver a Bolívar; Arismendi, le entregaba el poder cabizbajo, a su vuelta de Angostura. Alzuru, que pretendió destruir la obra de Bolívar, cuando éste se hallaba ausente, a su regreso le dirigió la palabra humilde y cobardemente, diciéndole: "Por mucho que hagamos para manifestar nuestra gratitud a nuestro amigo y conciudadano, Simón Bolívar, jamás podremos recompensar dignamente a un héroe que nos ha dado Patria, vida y libertad"...Páez, que sólo cedía al influjo personal del héroe, y que al fin le negó y le combatió, cuando recordaba a Bolívar se sentía otra vez dominado por su genio. Páez fué el héroe de Carabobo; allí cayó el Jefe llanero en trance, en convulsión, en el transporte del heroísmo. Apenas recobrado el sentido el Libertador le daba el grado de General en Jefe; sin embargo, Páez negó al maestro. Cuarenta años más tarde, el viejo llanero que se adueñó de Venezuela, domiñando a los otros caudillos bárbaros, en una emergencia de guerra civil en que se halla envuelto, quiso visitar el campo de Carabobo. Relata Vallenilla Lanz: "Eran las cinco de la mañana, y por el camino que conduce a la planicie, marchaban confundidos los dos grupos disidentes....Páez era ya octogenario. Los que le conocieron en aquella época recuerdan que un temblor nervioso agitaba constantemente su todavía vigorosa naturaleza....Al desembocar en

la llanura detuvo de repente el caballo; se quitó el sombrero; la fresca brisa de la mañana puso en desorden sus escasos cabellos completamente blancos; sus ojos mortecinos vagaron largo rato por el campo como para fijar los recuerdos de aquel día de gloria, y en medio del profundo silencio que se hacía a su alrededor lanzó un grito lleno de emoción....

—Por aquí....

Y poniendo el caballo al golpe iba señalando con la derecha, a tiempo que en la izquierda se le agitaban las riendas, los episodios más heroicos de la batalla.... Y con una voz como entrecortada por los sollozos iba diciendo:—Por allí bajé yo.... Más acá debía estar la Legión Británica.... Sí! Allí fué....

Y dominado cada vez más por la emoción que, como una corriente eléctrica, se trasmitía a los que le escuchaban, no se le oían a veces, ahogados por el trote de los caballos y el latir de los corazones, sino los nombres gloriosos e imperecederos de aquel gran día de la América,—Apure, Babastro, Hostalrich, Valencey, Rifles.... Cedeño, Plaza, El Primero....

Y al llegar al centro de la planicie, deteniendo su caballo, descubrióse con religioso respeto, como si la sombra augusta del Padre de la Patria llenara en aquel momento la inmensidad del espacio, murmuró con una voz que resonó como un eco de ultratumba:

—EL LIBERTADOR!”.

El triunfo de Carabobo le daba lugar para llevar a cabo los designios que tenía concebidos. Mientras se hallaba en la campaña se había reunido el Congreso General de Colombia, en la ciudad de Cúcuta; pero los hombres de las leyes, que se levantaban con sus abstracciones como un nuevo poder en contra de la obra del Libertador, no habían encontrado satisfactorio el proyecto de Constitución que el Libertador presentó al Congreso de Angostura. Se sancionó, es cierto, la unión de Venezuela y Nueva Granada; pero se creó un Poder Ejecutivo débil y no se tuvo para nada en cuenta la población híbrida para la cual se legislaba. Por eso, cuando al publicarse la nueva Constitución, se echaron a vuelo las campanas, el Libertador exclamó: "**Están doblando por Colombia**". Exclamación del creador que ve que se acumulan elementos para destruir su obra más preciada.

Comenzaba en los campos civiles la guerra contra su poder; pero eran tanta la altura a que había llegado, tanta la fuerza intelectual que desarrollaba, que en todos penetró el convencimiento de que, como dijo el gran Camilo Torres, en Bolívar estaba la independencia. Por esto, a pesar de la inquina, el rencor, la envidia, que siempre le siguieron, el mando estuvo reservado para él y no se le permitió que lo abandonase, con todo de que esos eran los deseos íntimos de los políticos que le rodeaban y le adulaban. Bolívar renunció el mando en esta vez, como antes había renunciado, como seguirá renunciando,



sin que jamás se atrevan a aceptarle. Siguió en el puesto, porque tenía una misión que llenar, a pesar del sufrimiento que llevaba en el alma al ver la pequeñez y ruindad del rebaño humano. Será necesario que desborde el sufrimiento, que pierda la fe en su propio destino, para que abandone ese mando que tantas veces lo había rechazado.

Por felicidad no llegaba todavía ese tiempo. Era poseedor de una enorme energía y toda ella le empujaba a cumplir con los propósitos que se impuso: completar la independencia de la Gran Colombia, por lo pronto, para seguir después velando porque la independencia de América se realice completamente. La campaña del Sur estaba decidida desde muchos años antes. Cuando en 1817 emprendió en la campaña del Orinoco, fué sorprendido por los enemigos en Casacoima: algunos de sus compañeros pudieron salvar a uña de caballo, Bolívar y otros no tuvieron más tiempo que de arrojarse al río y salvarse en una rebalsa del Orinoco. El peligro era inminente; pero el hombre de las dificultades no pensaba en ello sino en la obra que tenía que cumplir, y en delirio profético, ante la admiración de quienes le acompañaban y que creían que en nada más podía pensarse que en salir del grave peligro, habló "sobre sus futuras campañas que libertarían a Cundinamarca y Quito, y que trasladándose luego al Perú, a la tierra del sol, llevaría victoriosa hasta el Potosí la bandera de la redención", dice Larrazábal.

El Congreso de Angostura sancionó ya una parte de esta visión, incorporando a Colombia la Presidencia de Quito. Después de Boyacá, de orden del Libertador, comenzaron los preparativos para seguir al Sur.

Los Generales Valdés y Mires se trasladaron al Valle del Cauca. Después de Carabobo, las primeras comunicaciones del Libertador fueron conducentes a formar la expedición. El General Pedro León Torres reemplazó a Valdés; Mires había pasado a Guayaquil. Ya en Bogotá Bolívar dictó otras órdenes más con el mismo fin. Hasta tanto que pudiera ponerse el mismo Libertador a la cabeza del ejército, envió al General Sucre, de quien tenía el más alto concepto. Sucre fué pronto destinado a trasladarse a Guayaquil, en misión especial de guerrero y de estadista. Hacía bien en confiar tamaña empresa a este hombre que mucho se acercaba a lo excepcional. Ya sabemos como cumplió con su comisión. Cuando el Libertador se puso al frente del ejército que debía obrar sobre Pasto y cuando ya se había dado la mortífera batalla de Bomboná, Sucre triunfaba en Pichincha, libertaba al Ecuador y abría el camino de Pasto a las tropas independientes.



Diez años lleva el Libertador de luchar por la independencia; en estos diez años había cosechado muchos laureles y grandes sinsabores. Hasta la víspera misma de Boyacá que definió la posición independiente, sus Generales se insubordinaban en Angostura, deponían al Vicepresidente Zea y negaban a Bolívar a quien, decían, le salía mal cuanto emprendía. Y, sin embargo, en Bolívar estaba la independencia. Regresó triunfante y el Libertador perdonó a todos, como iba a hacerlo en muchas ocasiones. ¿Qué le importaban los pigmeos que se levantaban a su paso? Lo que le importaban eran las ideas, eran las creaciones que debían salir de sus manos. Su obra no estaba cumplida y no era el momento de descansar.

Con la batalla de Pichincha la Gran Colombia completaba su independencia; pero mientras quedaran enemigos al Sur, peligraba la integridad de la República; además de que, en sus sueños proféticos, el Libertador había contemplado a América y no solamente a Colombia: mientras hubiera un palmo de tierra sin arrancar a los españoles, su misión estaba también en pie.

Por fortuna tenía hoy un ejército con que combatir. Si sus Generales permanecían con una rebeldía latente, dominados por el brillo que se desprendía de todos los actos del Libertador, pero esperando el momento de lanzarse para acabar con el héroe, la conciencia nacional parecía que se iba formando. Los pueblos acudían a sus banderas. Nada deslumbra tanto a los pueblos como la gloria, y, con el Libertador, había gloria. Las ideas apenas habían penetrado en la epidermis de la gente ruda. Pero el llanero que antes combatió con Boves y Morillo en defensa de España, hoy se alistaba gozoso bajo las banderas de la independencia; Nueva Granada volcaba sus pueblos para dar tropas al ejército.

El Libertador pasó a Quito en medio del delirante entusiasmo de los pueblos del Ecuador; nada era comparable con su gloria; contemplar de cerca al héroe era una fortuna reservada para los felices y había que aprovechar de esta felicidad. Los pueblos eran sinceros en estas manifestaciones. Sabían que la independencia costaba torrentes de sangre; pero creían que ya se había derramado en abundancia y que en adelante no quedaba sino que gozar en paz del supremo bien traído por el Libertador.

Las Provincias de la antigua Audiencia de Quito habían pasado amargos años de desolación y de ruina. La primera revolución por la independencia tuvo lugar en Quito en 1.809. En confusión, pero con denuedo y valentía se combatió entonces por la libertad. La revolución fué vencida,

después de haber sido bañada en sangre con el sacrificio de los principales próceres que fueron asesinados sin piedad el 2 de agosto de 1.810. El Libertador lo sabía perfectamente: acababa de regresar de Londres y el estupor permanecía vivo en el pueblo caraqueño que el 3 de noviembre celebró en el templo de Alta Gracia magníficos funerales, **“para aplacar— decía una inscripción puesta en el catafalco— al Altísimo, irritado por los crímenes cometidos en Quito contra la inocencia americana”**. El Libertador sabía que no obstante estas matanzas la guerra había continuado por dos años más; el último héroe de esta porfiada resistencia, Montúfar, había estado bajo sus órdenes, años más tarde, cuando la toma de Bogotá. El Libertador que gustaría enterarse de todas las circunstancias, hablaría largamente de Quito con otro de nuestros próceres, con Antonio de Villavicencio, durante la campaña libertadora de Venezuela.

Cuando llegó al Ecuador quedaban muy pocos hombres de aquellos que habían tomado parte en la antigua empresa; la mayoría de ellos había muerto en los campos de batalla o en el destierro; otros andaban ocultos y perseguidos; los demás anhelaban medrosamente la independencia, pero no querían exponerse a los antiguos males. Se sabe que el prócer Checa salió a unirse con Sucre y peleó en Pichincha; Vicente Aguirre representó dignamente a la familia Montúfar con la cual se emparentó; doña Rosa Montúfar, última sobreviviente de tan ilustre casa, presentó al Libertador una solicitud altivamente conmovedora, que fué atendida favora-

blemente; meses después llegó de su destierro el prócer Anté y puso de manifiesto al General Sucre sus servicios a la causa de la Independencia: el ilustre general atendió con beneplácito al prócer quiteño.

Toda la tristeza de un pueblo sojuzgado por el terror pesaba sobre Quito; y todo eso sabía con anticipación el Libertador. El 31 de octubre de 1820, decía desde Trujillo: **“Entre las poderosas razones que ha tenido el Libertador para mandar que aquellas tropas sigan para Quito, ha sido no pequeña la consideración de los padecimientos de dicha Provincia que tantas veces se han representado; ha preferido que el ejército perezca o busque recursos adelante”**. Si Guayaquil no se proclamaba libre el 9 de octubre, la hubieran proclamado las tropas colombianas. Antes de que llegara la noticia de la revolución de Guayaquil, el 1o. de noviembre de 1820, decía desde Trujillo: **“es necesario entrar en el proyecto de una pequeña insurrección que tome o insurrección Guayaquil o Panamá”**. Por fortuna, el Ecuador tuvo la gloria de, con la revolución de Octubre, facilitar los planes de Libertador e integrar Colombia.

El Libertador, después de la victoria de Pichincha entró al Ecuador entre los hosannas de la liberación; Quito le hizo un espléndido recibimiento. **“La generosa Quito, así decía Bolívar en oficio dirigido a la Municipalidad—Quito llevará consigo siempre el rasgo más distintivo de su gran desprendimiento y del conocimiento más perfecto de una política sublime y de un patriotismo acendrado”**. ¿Eran estas virtudes de Quito, o

más bien, eran las virtudes que el Libertador quería inculcar a Quito?

Cuando el Libertador entró en los Departamentos del Sur de Colombia encontró un país "muy hermoso, aunque amenazado de una batería de volcanes". Se mostraban muy colombianos; pero a decir verdad estaban cansados, exhaustos; agradecían con efusión el bien que les llegaba, pero ya no estaban para mayores sacrificios. El Libertador les traía la independencia; bendito sea él, ya podrían trabajar en paz, restañarse las heridas, recuperar el vigor perdido. Esto en cuanto a las provincias serraniegas, que las otras habían ya ofrecido con valor y abnegación su contingente de hombres, de dinero, de dolor.

A las dos regiones ecuatorianas tenía que considerarlas separadamente el Libertador. En cuanto a Quito sabía que era **"el pueblo más descontentadizo, suspicaz y chino en todas sus cualidades morales"**; es decir no se fiaba de las apariencias ni de las palabras; quería que los hechos respondieran de manera cabal a las promesas. Pueblo encerrado dentro de los murallones de los Andes, era tradicionalista, amante de sus costumbres, poco amigo de novedades estrafalarias; de cortas y comedidas palabras. Aún sus abogados, de los cuales tenía plétora, no eran charlatanes empedernidos; les gustaba sofisticar, pero en largos infolios. Había una cantidad de abogados, como de sacerdotes y religiosos; de los primeros tenía un pésimo concepto; ya hablando de los de Bogotá le escribía a Santander, también

letrado: "Por fin han de hacer tanto los letrados que se proscriban de la República de Colombia, como hizo Platón con los poetas, en la suya" Los religiosos tuvieron en Quito una tradición de patriotismo: los mejores luchadores en esos días angustiosos fueron clérigos y frailes; y ahora mismo, a la llegada de las tropas libertadoras, fuera del Obispo Santander, que era español los demás no cabían de regocijo por el bien obtenido. Sin embargo, había muchos religiosos, tantos que se cuenta que el ecuánime y virtuoso Sucre no los podía sufrir en su casa.

La Sociedad de Quito era la misma conocida y apreciada por Humbolt, al comenzar el siglo; pero entre estos dos hombres mediaba el paréntesis de la revolución de Agosto: muchas casas nobles habían desaparecido; los bienes de estos nobles fueron confiscados por los españoles; el antiguo esplendor estaba opacado considerablemente. Pero el pueblo era siempre cordial, decididor, ingenioso, como lo describió Espejo; amaba la carrera de las armas: una gran parte se enroló en el ejército libertador, mientras la otra observaba irónicamente las contradicciones que saltaban entre los hechos y los dichos, entre la libertad y los libertadores. Las mujeres eran recatadas, románticas, místicas. El Libertador escribía desde Cuenca, que vivía pensando en la modestia de las serranas que no quieren ver a nadie por miedo del pecado. Es verdad que esta irónica observación no debió referirse a la quiteña,

en particular, que siempre fué donairoso y callejera.

Las dos regiones tenían dos problemas: la sierra creía que en el Ecuador se había terminado la guerra y que por lo mismo no le quedaba otra cosa que la de gozar en paz de la independencia que se la ofrecía. Pronto iba a salir de su error. En ninguna época fué tan agitada, tan llena de amargos sinsabores la vida de esta república como en los años que siguieron a la batalla de Pichincha. Por lo menos, en la salvaje ferocidad de las guerras posteriores al año 30, el Ecuador ejerció la tiranía activa, que decía Bolívar. El Libertador organizó en cuanto pudo las provincias de la sierra, atendiendo a sus necesidades perentorias, con la lucidez que ponía en todos sus actos: dictó el Decreto de apertura del camino a Esmeraldas; organizó los tribunales de justicia; alentó a los hombres de mérito; confió al General Sucre el cuidado de Provincias tan importantes como descontentadizas. Y marchó para Guayaquil.

Después de la revolución del 9 de Octubre, Guayaquil se había dividido en partidos. El Libertador que se había preocupado hondamente de esta cuestión, la resume en la carta escrita a Santander y en el oficio que su Secretario dirige desde Cali al de Guerra de Colombia, el 5 de enero de 1822. En la carta dice: "Las cosas de Guayaquil exigen mi persona en la Guardia: aquel es un caos de ingratitud y mala fe. Lord Cochrane me parecía pronto a servirnos, pero el gobierno de Guayaquil lo ha disuadido de este de-

signio. Sólo Olmedo es bueno, pero sin autoridad para nada. Yo he tomado mi partido, y les he escrito, como Ud. verá por las comunicaciones, lo que hace al caso. Sucre está autorizado para obrar abiertamente si aquellos señores se oponen a mis órdenes. Las razones de política que nos autorizan a exigir la reunión a Colombia están consignadas en mis cartas y notas. He reservado las más graves para nuestras réplicas". En el oficio, se expresa así: "S. E. el Libertador ha preferido emprender la próxima campaña del Sur por Guayaquil, por las siguientes consideraciones: 1^a Por asegurar a Guayaquil, y hacer que aquella provincia se declare por Colombia. Hasta hoy el manejo y las intrigas, le han mantenido en una neutralidad incompatible con sus verdaderos intereses, y más aún con los derechos de nuestro Gobierno. No faltan quienes deseen su incorporación al Perú, y quienes opinen por el extravagante delirio de que sea un Estado independiente. Si prevaleciera esta opinión, Guayaquil no sería más que un campo de batalla entre los dos estados belicosos, y el receptáculo de los enemigos de uno y otro. La Ley Fundamental quedaría sin cumplirse, y Colombia y el Perú jamás estarían seguros, estando confiada a sus propias fuerzas las débiles puertas de Guayaquil. Más funesta aún sería a nuestros intereses la incorporación al Perú. El Departamento de Quito, sin otro puerto que éste, tendría mil embarazos y trabas, tanto en su comercio interno, como externo, y tendría más interés por la

prosperidad y estabilidad de un Gobierno extraño, que por el suyo propio, que casi le sería indiferente: tendrían que recibir la ley que le impusiera Guayaquil en el comercio, y dependería más de aquél que de Colombia. Estos y otros males muy graves, y de consecuencias de mucha trascendencia, se evitan con el envío de tropas colombianas a Guayaquil, y, sobre todo, con la presencia del Libertador allí. Esta marcha no sólo nos asegura a Guayaquil, sino que nos da un gran influjo en los Gobiernos meridionales, agitados por discusiones domésticas, y expuestos a ser la presa de los españoles, principalmente el Perú. Estos Gobiernos cobrarán nuevo vigor con la libertad de Quito y con la aproximación del Libertador y de su ejército. Obrarán con energía, y se harán respetar interna y externamente”.

Era enfrentar la cuestión en todos sus aspectos y con la mayor amplitud. En efecto la presencia del Libertador fué decisiva, y Colombia quedó integrada totalmente.

Si Bolívar hubiera ambicionado el poder este era el momento de regresar a Bogotá, a gozar del fruto de los afanes. Su gloria brillaba con tanto esplendor que sus adversarios tenían que morder el freno a su pesar y sufrir que el héroe adorado por las multitudes y que sobresalía sobre todos porque en todos los conocimientos se manifestaba excelente, presidiera el Gobierno desde el alto sitio de sus inmarcesibles méritos. Sus mismos parientes le describían, desde Caracas, el estado en que se hallaba Venezuela; pero

el Libertador contestaba que conocía los deberes que tenía para con la Patria natal, pero que un espíritu profético le acercaba a males remotos e inciertos. "Yo pertenezco ahora a la familia de Colombia y no a la familia de Bolívar Concluída mi comisión del Sur marcharé a Bogotá, y de allí a Caracas a ser ciudadano para ser libre".

Tenía, pues, que seguir su destino hasta el fin, y este no era el de gobernar a Colombia sino el de completar la libertad de América. El delirio de Casacoima debía cumplirse. Durante la estancia de Bolívar en el Ecuador suceden grandes acontecimientos, Recibe de Lima copia del Tratado suscrito por Mosquera y Montegudo en que se sientan las bases para gestionar la reunión del Congreso de Panamá; aclara el concepto básico de la revolución de la América española: los colombianos son hijos de los españoles a quienes deben su origen; la revolución se ha hecho, pues, por los españoles de América contra los españoles de España: los indios nada tuvieron que ver con ello. Por eso le dirá más tarde a Olmedo que es arbitraria la aparición del Inca en el Canto a Junín; por eso los llaneros combatirán más largo tiempo a las órdenes de los españoles; por eso los pastusos, fanatizados por el clero, encontrarán mejor pelear por un rey de origen divino que por Generales nacidos en la misma tierra. El Libertador ampliará una y otra vez este concepto, hasta manifestar que es preciso que pasen los años para que del conglomerado de razas se for-

me una nueva, la raza cósmica, que dirá Vasconcelos, que sea una nueva representación en la civilización del mundo.

En este tiempo escribió ese magnífico Delirio sobre el Chimborazo: "Yo venía envuelto en el manto de Iris, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas y quise subir al atalaya del Universo. Busqué las huellas de La Condamine y de Humbolt; seguías audaz, nada me detuvo; llegué a la región glacial, el éter sofocaba mi aliento". Este clausular sonoro y elegante era propio del lenguaje del Libertador; tenía que hablar en el tono rítmico en que han hablado todos los profetas. Le parece al Libertador en su delirio que ha hollado la cima del dominador de los Andes y acaso cree entonces que llegado a tan alta cumbre todo puede pertenecerle. Pero el poeta se empequeñece ante el hombre de pensamiento realista: cuando el Dios de Colombia le poseía, se le presenta el Tiempo, que mira lo pasado y lo futuro y que por sus manos pasa el presente. El viejo implacable le vuelve a la realidad: elevarse sobre un átomo de la creación, no es levantarse; las acciones humanas, por grandes que sean, ningún precio tienen a los ojos del Tiempo. Y cuando ya el viejo terco ha vuelto al héroe ardoroso a la realidad, le indica el deber que tiene que cumplir: decir la verdad a los hombres.

En mi concepto el Delirio no es solamente una magnífica muestra de la espléndida imagina-

ción de este creador de ideas y de mundos: es una página de su diario íntimo; la historia de sus cavilaciones; el secreto de su corazón que se desborda. El hombre triunfa de la figuración genial y una vez más el deber le señala el rumbo que debe seguir: tiene que abandonar el camino de las ambiciones para decir simplemente toda la verdad a sus conciudadanos.

Muchos años más tarde, en 1865, un sabio español, el señor Marcos Jiménez de la Espada, seguramente contemplando nuestras montañas a las que tanto gustó ascender, escribía en su diario: "No es cierto lo que dice Villavicencio al describir el Chimborazo, respecto a la ascensión de Bolívar; ni entró más allá que Humbolt, ni escribió allí su libro "lleno de fuego y de contemplación". Lo que hubo fué lo siguiente: después de la sobremesa de un banquete dióle la humorada de subir desde un pueblo cercano al cerro, hasta el límite de la nieve, acompañado de sus edecanes y séquito, permanienciendo allí un corto rato. Así me lo ha afirmado el señor Cárdenas, con referencia a testigos presenciales de la ascensión. Vino a hacer un verdadero servicio a la ciencia demostrando los pocos peligros de la ascensión, hijos la mayor parte de la imaginación". Así debió ser; pero la ascensión no tiene gran importancia en la vida del Libertador; más sí lo que escribe acerca de ella y lo que expresó como brote de sus íntimos pensamientos.

La independencia de América había progresado hasta estos momentos de notable manera:

Méjico era independiente; el Libertador llegaba al Ecuador triunfante desde el Orinoco; San Martín llegaba con argentinos y chilenos a Lima, los españoles no estaban todavía vencidos; por el contrario el más fuerte ejército de América amenazaba precipitarse contra las tropas independientes. San Martín pidió auxilios a su Patria; pero como sospechaba que no se le quisieran mandar, como hombre sagaz y previsivo, quiso poner los medios de procurarse un auxilio suficiente para rechazar al enemigo. Este fué, a mi parecer, el principal objeto de la entrevista con el Libertador en Guayaquil. Es natural que como se hallaba San Martín a la cabeza de los destinos del Perú, quisiera también aprovechar de su viaje para tratar de varias cuestiones relacionadas con las dos naciones. Como todo hecho en que intervienen dos personalidades, esta entrevista ha dado margen a muchas conjeturas, la mayor parte de las cuales tienen que carecer de realidad. Es indudable que en la conversación que tuvieron los dos personajes debió tratarse de aquellas cuestiones fundamentales para pueblos en formación, pero sin la intención de definir las. San Martín era un notable hombre de guerra y un meritísimo patriota; sabía que su misión era la de cumplir con la comisión que había recibido de independizar al Perú. Nunca pensaría regresar a disputar el poder en su Patria, en la cual sus propios adversarios tenían el mando. Integro, calculador y frío, tampoco pretendería quedarse en el Perú. Su futuro estaba decidido con

el mismo cálculo con que había sabido decidir de las batallas. No hay duda que San Martín fué un grande hombre de excepcionales condiciones.

Pero, por lo mismo que era un hombre superior pudo comprender perfectamente cual era su posición frente al Libertador y ello lo expresó cuando al instarle que pasara a cooperar en la independendencia del Perú, con grande nobleza San Martín ofrecía servir bajo las órdenes de Bolívar. El Libertador era el genio, la pujanza, la fuerza; él no tenía vacilaciones para resolver los problemas, porque también los había resuelto por anticipado: América debía ser republicana; había que establecer una federación con los pueblos recientemente libertados; era preciso que los nuevos estados fijaran sus límites para evitar posteriores rozamientos. En cuanto a Guayaquil, cuando la conferencia, la ciudad se había unido ya a la Gran Colombia.

La breve entrevista protocolaria acaso no sirvió sino para que el Libertador expusiera, con el fuego que ponía en sus palabras, los proyectos que tenía y los deberes que el destino le había mandado cumplir. No debió ser cordial. En ambos capitanes las restricciones serían fundamentales. Después del agasajo oficial San Martín tenía que regresarse; pero se apresuró más cuando supo que en el Perú había estallado una revuelta contra el propio Gobierno establecido por él. Entonces ya no debió pensar en otra cosa que en retirarse, dejando a los peruanos entregados a su propio destino. Además sabía ya que este

destino estaba en manos del Libertador, quien no se retiraría a descansar mientras quedara un resto de peligro español. Acaso se le dijo que el Libertador había anunciado muchos años antes que el pabellón de Colombia flamearía sobre el Potosí.

El retiro de San Martín puso al Perú en la urgencia de obtener los auxilios del Libertador. En efecto, en marzo de 1823 se hallaba listo para salir de Guayaquil el primer auxilio de Colombia. Podía suponerse que con el ejército que había dejado San Martín y con aquel que habrían puesto en pie los peruanos, existiría elemento suficiente para combatir al enemigo. Pero la realidad era otra. Este primer auxilio y otro posterior de Colombia no fueron suficientes para constituir ni siquiera la base de respetabilidad del Gobierno peruano que se desgarraba con sus propias manos. Los partidos políticos peruanos se combatían entre sí, mientras las fuerzas españolas se concentraban amenazadoras, con el ejército más respetable tal vez de los que habían operado en América.

En medio de tal complicación, Bolívar era llamado a la capital de Colombia por el peligro que se presentaba en Venezuela con la reacción de Morales y por las probables divergencias que iban a suscitarse en el Congreso. Bolívar se excusó de ir a Bogotá, así como de enviar al General Sucre, porque el vencedor en Pichincha, por su amabilidad y talento, era el llamado a desempeñar la Intendencia de Quito y preparar la

unión, con el resto de la República, de estas Provincias, que no tenían más lazo que el respeto y la buena administración. Pero la situación del Perú era tan grave que, a pesar de estas consideraciones, el Libertador se vió obligado a enviar al General Sucre a ponerse a la cabeza de las tropas colombianas.

El tino, la sagacidad, el desprendimiento y el talento de Sucre hicieron prodigios en aquellos días tan difíciles para el Perú. El Libertador no podía trasladarse a ponerse al frente de esta nueva campaña porque no recibía la autorización que había pedido al Congreso de Colombia.

Avisor de todo cuanto pasaba en Colombia y pendiente de los sucesos de Perú, no descuidaba lo que pudiera importar para la organización de los pueblos que iba independizando. Una y otra vez dicta disposiciones referentes al camino a Esmeraldas. Previendo las dificultades que sobrevendrán en lo posterior con motivo de fronteras entre las nuevas naciones, dispone que se reúnan cuantos documentos se encuentren relativos a demarcaciones con el Perú y sienta la base jurídica sobre la cual han de seguirse las discusiones posteriores: las nuevas repúblicas deben fundarse entre los límites de los antiguos virreynatos, capitanías generales o Presidencias; es decir quedándose al *uti possidetis* del año 1809.

Es enorme la actividad que despliega: tiene que atender a todos los asuntos de la República y de América; las cartas, los oficios, las instrucciones parten para todos los lados; los Secreta-

rios se renuevan, agotados. Pero el Libertador es hombre extraordinario que tiene plétora de vida y de energía: para pensar en un asunto de Estado no se recluye en su gabinete, ni cree que el hombre público debe ser el personaje engolado y prosopopéyico: las mejores ideas le vienen entre una conversación alegre y un discreteo amoroso. Vive la vida con toda intensidad. La vida es una encantadora que descubre sus secretos a quien le solicita con desenfado. El Libertador piensa, gobierna, enamora, se divierte y todo con la mayor exhuberancia, todo de manera extraordinaria. Después de un viaje de catorce horas a caballo sigue bailando seis, sin rendirse, y antes de descansar dicta a dos o tres secretarios, órdenes y oficios.

A las orillas del Guayas se encontraba Bolívar, gozando de las delicias de una amistad selecta, que había de cultivar hasta sus últimos años, cuando le llegó la noticia de que, vencidas las tropas patriotas que habían ido a pacificar Pasto, Agualongo y Merchancano se precipitaban sobre Quito. Pocas tropas quedaban disponibles para este evento, porque la mayor parte había sido enviada al Perú; pero el hombre de las dificultades se trasladó en volandas a Quito, reunió los soldados que pudo encontrar, hizo un llamamiento a los pueblos, requirió a los reclutas y marchó a oponerse al enemigo. No cayó como el rayo, sino que cautelosamente preparó una sorpresa y derrotó al jefe pastuso el 17 de julio de 1823.

Libre de este cuidado, recibida la autorización del Congreso, parte a ponerse a la cabeza del ejército que se hallaba en el Perú. El General Sucre ha hecho cuanto humanamente se podía exigir de un hombre y entregó a Bolívar un ejército disciplinado y respetable.

Indescriptible fué el regocijo del Perú a la llegada del Libertador. Los políticos que poco antes vieron con recelo la aproximación del grande hombre y que habían azuzado a los periódicos para que no le trataran "tan bien como la decencia parecía exigir" y el pueblo todo, comprendieron que la salvación única residía en el auxilio que acababan de recibir con el genio del Libertador. "Crean las gentes, escribía Bolívar al General Salom, que yo sé hacer milagros y que con algunos Decretos y algunas alabanzas ya tienen salvado al país de enemigos". Y sin embargo nunca la empresa fué tan árdua. Santa Cruz dejó desbaratar un ejército de cinco mil hombres; Riva Agüero se proclamó dictador en Trujillo; Torre Tagle gobernaba en el Callao; mientras Cante-rac contaba con un ejército aguerrido y fuerte. En este caos de desorganización sólo había quedado ileso el ejército auxiliar de Colombia.

Fué en tal situación cuando Bolívar llegaba al frente del gobierno y del ejército. Con el ímpetu que ponía en todas las cosas, el Libertador se ocupó en preparar cuanto había menester para triunfar del enemigo y de las discordias intestinas, infundiendo fe y confianza, levantando los ánimos, profetizando la victoria.

Pero la guerra no es obra solamente del genio: la hacen los soldados, aquellos pobres seres que, con convencimiento o sin convencimiento, van a regar su sangre y a ofrendar su vida, sin que después se les consagre ni siquiera un recuerdo. El Libertador veía el grave empeño en que se había metido y urgía a Colombia para que le enviara tropas, municiones, vestuarios. Colombia había tenido tan larga guerra que los pueblos se hallaban cansados del prolongado sacrificio. Cuando parecía haberse terminado la guerra, se encontraban los colombianos con que de pronto se presentaba un nuevo campo de batalla. Quizá el empleo de aquella tropa que estaba acostumbrada a vivir de y en los combates era un paso de buena política; pero levantar nuevas reclutas y emprender en nuevos y cuantiosos gastos, para la conducción y equipo de esos ejércitos, era un esfuerzo muy duro para la empobrecida Colombia.

El 22 de diciembre el Secretario del Libertador pintaba al Secretario de Guerra de Colombia la situación en que se hallaba para encarecer la necesidad del envío de un fuerte contingente colombiano. "El dar una batalla en el Perú, se escribe en ese oficio, es inevitable y aún conveniente, porque aunque su éxito sea dudoso, el ejército se pierde infaliblemente en una retirada: los peruanos se quedarán en su país, los quiteños desertarán al suyo, y no nos quedarán sino algunos cuadros de colombianos vivos". El Ministro de Guerra contestaba, primero de una manera

descomedida, negando que el Libertador tuviera derecho para exigir más tropas de las enviadas, para continuar después anteponiendo que los Estados del Sur estaban en la obligación de hacer los sacrificios que se exigían, atendiendo al número de años que los otros Estados habían sufrido el peso de la guerra. El Libertador pedía 16.000 hombres; de ¿dónde enviarlos? El Libertador sabía que "acaso no alcanzan a aquel número los hombres que pueden llamarse soldados viejos y aguerridos en toda Colombia: sabe que estos países han sido desolados en su población por un continuo reclutamiento de hombres; y sabe que equipar, armar y mover por mar y tierra un cuerpo de 16.000 soldados exige medios superiores a los que por ahora goza la República"

El auxilio de Colombia era tanto más necesario cuanto que el Perú, lejos de corresponder, por lo menos con la gratitud, a la cooperación que recibía, no pudo reprimir sus pasiones y los mismos patriotas comenzaron por combatirse, hasta concluir por traicionar a la Patria. Todavía más, la dictadura que tuvo que asumir el Libertador dió margen a que la exaltación patriótica viera un enemigo en el General Colombiano. La situación del Perú no podía ser más desesperada: el Presidente Torre Tagle y el Ministro de Guerra se pasaron al enemigo; el General Portocarrero y otros oficiales hicieron otro tanto; las deserciones eran continuas, y se presentaba al

ejército colombiano como al invasor que había que combatir por patriotismo.

Todavía más. Las noticias que al Libertador llegaban de Colombia no eran halagadoras: Santander y Páez se guardaban oculto rencor que se transparentaba con el menor motivo y en toda ocasión; y de la rencilla personal se suscitaba la rivalidad localista y los mandatarios nada hacían para soldar resquebrajaduras y por el contrario no parecía sino que quisieran atizar el fuego para que tanta combustión como hervía en el vasto territorio de Colombia, de pasiones soliviantadas y lleno de rústicos Generales que se creían cargados de méritos, estallara en explosión destructora. En Venezuela existían feroces rivalidades entre Páez, Escalona, Soublette, Bermúdez y Mariño; en Nueva Granada entre Santander y Nariño. Las rivalidades se despertaban con las ambiciones; civilistas y militares intrigaban por su solo provecho, fingiendo patriotismo; los unos querían la vuelta del Libertador y los otros deseaban que el Libertador no regresara nunca.

Sobre todo esto aconteció que el Libertador enfermara gravemente en Pativilca. Pero la historia nos dice como en ninguna ocasión el Libertador perdió la fe en su propia fortuna y en los destinos de América. Pedía auxilios a Colombia; pero con las tropas que había podido organizar daba órdenes para salir al encuentro del enemigo y triunfar. "Bolívar, dice el argentino Guido, aceptó la tremenda responsabilidad que

se le imponía, y haciéndose dar cuenta exacta de la situación, no se dejó adormecer por las fiestas limeñas ni por el humo de la más estudiada lisonja, sino que se aprestó a nuevas lides”.

Había que triunfar; no era un campo más el que se le ofrecía para cubrirse de laureles y de gloria, sino la necesaria culminación de un plan preconcebido y, sobre todo, la campaña con la que iba a terminar definitivamente con la guerra de la Independencia. Si Bolívar hubiera sido vencido en el Perú, España habría estado en la más propicia actitud de reconquista; el Ecuador, el primer pueblo víctima de la reacción, y el resto de Colombia con la actitud pastusa, en vísperas de una nueva y formidable guerra.

Todo esto lo veía y lo medía el Libertador; mientras los pueblos egoístas no pedían sino que se les dejara en paz, y los políticos de campanario se disputaban el mando y no pensaban ya sino en los honores y en los cargos públicos. Ante esa incomprensión cualquier otro hombre que no fuera Bolívar hubiera abandonado todo; pero el deber que tenía que cumplir no era un compromiso que contrajera con pueblos ni con hombres, sino con su propia conciencia; y así, aún cuando en veces se le desbordaba la amargura y escribía: “Estoy cansado de oír hablar de cuestiones y disputas entre las autoridades”; “Yo temo más la paz que la guerra”, “Estoy desesperado por terminar la campaña de Venezuela y también para salir yo de la responsabilidad en que estoy, e irme lo más lejos que pueda a descansar de tanta

pena que me dan los males ajenos que ya no puedo remediar"; a pesar de estos momentos de desaliento que han conocido todos los hombres, su voluntad era la de triunfar, no para ceñir un laurel más, sino para asegurar la independencia de América y para apresurar el tiempo en el cual se comenzara ya a trabajar por la organización de los pueblos libertados.

Y su voluntad triunfó admirablemente. Las batallas de Junín y de Ayacucho serían suficientes para cubrir de gloria a Bolívar y a su Teniente; el Gran Mariscal de Ayacucho. El Perú, conquistado por tanta grandeza se entregó, al parecer, por completo a la gloria del Libertador. No hubo pueblo más rendido ni que mayor veneración hubiera demostrado para con el Padre de la Victoria y de la Patria. Tales circunstancias le parecieron propicias para, una vez terminada la independencia, completar también sus ideas de estadista. Desde que principiara a hablar con acento profético de la constitución de estos nuevos estados, desde los días remotos de Cartagena y de Jamaica y de Angostura, había venido expresando que el Gobierno que convenía a estos pueblos era uno que tuviera en cuenta el compuesto híbrido de su población, la escasísima instrucción del pueblo y la necesidad de un Ejecutivo fuerte y que tuviera permanencia, pero para guardar el orden, respetando las leyes y respetando la libertad de los ciudadanos. Con este objeto presentó el proyecto de Constitución al Congreso de Angostura, que no fué aceptado entonces,

pero en el cerebro de este creador de pueblos seguía germinando la idea, y era después de tan esplendorosos triunfos cuando su plan debía ponerse en práctica, probando así a los reacios que ese era el método de gobierno que convenía a estos pueblos de América. Así nació la Constitución Boliviana.

Para quienes no conocen sino aspectos de la vida del Libertador, esta Constitución marca el momento en que la gloria de que está cubierto el héroe le acerca a la ambición que no tuvo. Nuestros ojos están acostumbrados al panorama diario: las crestas de los Andes que se pierden en la lejanía azul; una montaña coronada de nieves que se levanta sobre la cordillera. Cómo se ansía subir a lo más alto de esa montaña para dominar nuevos horizontes, para contemplar acaso la augusta serenidad de los mares. Y parece tan fácil cumplir ese deseo y llegar a esas alturas. atravesar la llanura, vencer un suave repecho, cruzar una hondonada y alcanzar la cima. Pero si alguna vez el deseo se convierte en voluntad, qué fatigosa la realización: lo que de lejos apareció una suave pendiente es un risco inaccesible; la distancia que no puede medir la perspectiva, acaba en la gran fatiga, y la montaña tan blanca, tan reluciente, báscula que parecía destinada para dejar que se desplieguen las alas, que todos creemos llevar con nosotros, tiene una cumbre de la que nos declaramos impotentes para alcanzarla, en la mayor parte de las veces.

Igual, mayor, inconmensurable altura es la de Bolívar, el héroe por excelencia. Tan acostumbrados estamos a pronunciar este nombre y a saber episodios de su admirable vida, que los hechos parece que se hubieran estereotipado en la memoria de los contemporáneos que creen conocer fácilmente al hombre y aún se atreven a juzgarlo con el mismo criterio que a cualquier hombre común. Y después de hablar del Monte Sacro, de las campañas, de las victorias, los teóricos, los que quisieran que todo en el mundo se midiera por un rasero igual y que todos los hombres fueran a la par de la mediocridad, hablan de la ambición de Bolívar, de sus planes de coronación, de la dictadura y aún de la tiranía. Quienes así se expresan es porque creen fácil coronar las altas montañas, es porque no han emprendido el camino de la ascensión y juzgan por impresiones, engañados por la distancia.

La vida de Bolívar tiene una perfecta unidad. Su poder creador se desenvuelve con nitidez, desde los primeros momentos hasta los últimos. Por esto el Ejecutivo permanente que señalaba como necesario para los pueblos de América que debían formarse, cuando este punto consideraba allá por el año de 1815, lo volvía a recomendar en 1826 al Perú y a Bolivia, y otra vez a Colombia. No había en ello ambición, sino convencimiento. ¿Qué ambición en un hombre que había llegado a todos los honores, después de haber pasado por todas las penalidades? ¿Qué ambición, si por mando, siempre lo había tenido;

si Gobernar el Perú era muy pequeño accidente para su vida; si en esos mismos días sus propios Tenientes le pedían fundar una monarquía, que Bolívar rechazaba con la mayor entereza? ¿Qué ambición podía tener si llegaban a interrumpirle en las fiestas que le daban los pueblos del Perú, las noticias de las terribles rivalidades que surgían en Colombia, del odio que iba a acumulándose en todas partes, de las espadas que se afilaban noche y día?

Acaso para el Libertador su estancia en el Perú no era sino la prueba que hacía del Gobierno paternal, que buscaba par Colombia; acaso permanecía en la confianza de que su sola presencia sería suficiente para calmar las inquietudes colombianas, y tal vez también, sin considerar la prisa que de su presencia había en Bogotá, se dejaba adormecer por las suaves caricias de la gloria después de que tantas penalidades y afanes había pasado.

Sin embargo su mente de creador de pueblos no permanecía inactiva. Así mismo, redondeando sus antiguos pensamientos, encontró que era llegado el momento de ampliar aquella vieja idea del Congreso anfictiónico. Desde Lima se dirigió a las Repúblicas hermanas buscando una confederación. Sus gestiones tuvieron el mejor resultado; por desgracia los acontecimientos posteriores iban a hacer olvidar tan grandioso proyecto.



Cuando la obra de la organización de los pueblos libertados debía comenzar, los gérmenes de disolución que había dejado una guerra tan larga, de un pueblo compuesto de gentes de tan diversa cultura, comenzaron a levantarse como flores sangrientas. El pronunciamiento de Valencia, no era sino la culminación de antiguos propósitos. En Venezuela había estado siempre latente la rebeldía. Los antiguos caudillos de la guerra no se conformaban con entrar en la regularidad administrativa ni menos con que el centro del Gobierno permaneciera en Bogotá. Acaso, de permanecer el Libertador al frente de Colombia, su gloria hubiera impuesto a unos y a otros; pero alejado de Bogotá durante cinco años y entregado el Gobierno a Santander, este General, con toda su inteligencia, no era el lazo de unión que hiciera subsistir en paz a esas dos porciones de Colombia. Por el contrario, Santander mantenía viejas rivalidades con los jefes venezolanos y estas rivalidades fueron la causa para que se precipitaran los acontecimientos, que con tanta instancia, exigían la vuelta del Libertador.

Pero tantos accidentes fueron casos fortuitos? ¿Se amaba en Colombia la obra de Bolí-

var? La obra del Libertador era la formación de un pueblo grande y respetable; la administración por medio de un gobierno en que los poderes se hallaran equilibrados; la educación paulatina de los ciudadanos para el goce de la libertad. Hay que decirlo con amargura; estos ideales eran los de Bolívar, más no de los colombianos. Los hombres dirigentes tenían el pensamiento localista, más conforme con sus propias ambiciones; y los militares fieles al Libertador, eran los hombres fieles al jefe, pero no a las ideas de éste. En todas estas apreciaciones hay que poner siempre aparte al Mariscal de Ayacucho.

Y el Ecuador? El Ecuador amó siempre a Bolívar; su culto sigue teniendo la misma antigua reverencia; alguno de sus mandatarios ilustres revivió la magnífica idea de la confederación Colombiana. Pero el Ecuador de esos días, tampoco comprendió ni amó la obra del Libertador. Es cierto que el Ecuador hubiera permanecido unido a Colombia mientras viviera el Libertador; pero no por su propia voluntad, sino por la imposición de Flores y de las tropas granadinas y venezolanas que se hallaban a su servicio. El mismo Flores no aprovechó de la primera oportunidad para alzarse con estos territorios?

He recordado como el Ecuador recibió a las huestes libertadoras que venían a ofrendarle el imponderable bien que con tanta tenacidad había buscado en años anteriores. Además, con la revolución del 9 de Octubre y con la penosa campaña que siguió hasta obtener el triunfo de Pichincha que

abrió a Bolívar las puertas de Pasto, podía creerse que se hallaban ofrendados los sacrificios exigidos a todos los pueblos que buscaron la independencia.

Pero no fué así. No tuvo tiempo de agotarse el alborozo cuando se iniciaba una nueva campaña y se imponía a estos pueblos una fuerte contribución con tal objeto. El Ecuador había sufrido duramente después de la revolución de 1809. Los hombres más acomodados perdieron sus fortunas; las que pudieron salvarse en la costa se ofrecieron espontáneamente para la revolución de Octubre. El pueblo era pobre; sus antiguas industrias habían decaído completamente con la guerra que se encendió en América. El pueblo se componía de un gran porcentaje de indígenas, los cuales temían la guerra y huían de ella. Los que pudieron convertirse en soldados lo hicieron con entusiasmo; pero en realidad fueron pocos. Y las circunstancias exigían más, mucho más.

Fué entonces cuando principió el descontento; fué entonces cuando el Libertador comprendió que estos pueblos no tenían ningún lazo con el resto de Colombia y que era necesario conquistarlo con una buena administración y conservarlo por la fuerza. Para que hiciera esta buena administración escogió a Sucre; pero el ilustre General tuvo pronto que trasladarse al Perú.

El contento de Quito con la llegada de las tropas libertadoras duró poco. El 23 de julio de 1823 el Libertador ordenaba al Intendente reuniera una Asamblea de notables y corporaciones

a la cual debía manifestar que el Departamento de Quito "para igualar a sus otros hermanos en este género de mérito, necesita hacer muchos por la causa sagrada que defendemos. Los otros pueblos de Colombia han mantenido sus respectivas campañas, y a Quito le toca ahora mantener la que la suerte le ha destinado". Entre las disposiciones que debían tomarse, estaban la expulsión de los hispanófilos, dejando en plena libertad sus bienes y propiedades, y la contribución de 25.000 pesos mensuales durante los peligros de la campaña. "S. E. el Libertador, continuaba el oficio, está firmemente resuelto a defender el territorio del Departamento de Quito con su espada y con su sangre, siempre que estos ciudadanos se muestren dóciles a su voz paternal; más si rehusaren hacerlo así, abandonará el territorio de Quito y marchará a la Capital de Bogotá. Allí hará una exposición a la República de las causas dolorosas que le han obligado a dejar invadir una parte de su territorio, y hará patente al mundo que Quito no ha querido ser libre; porque S. E. no es más que un hombre lleno del deseo de sacrificarse por sus conciudadanos, sin la capacidad de hacer ningún prodigio que pueda suplir los elementos indispensables para crear y alimentar los ejércitos de la República".

Estas eran las consideraciones y las órdenes del Libertador, añadía el oficio, y había que sujetarse a ellas. El Ecuador, empobrecido hasta no más tuvo que dar toda clase de contingentes para la guerra del Perú. Todos los hombres hábiles

acudieron a las armas; las fábricas trabajaron para hacer vestuario para el ejército; los que tenían alguna comodidad sufragaban su cuota para satisfacer la contribución. Cuando los hombres no habían acudido voluntariamente, los veteranos venidos con el Libertador se entraban por las casas y recorrían los campos reclutando a todo el que pudieran hallarle a mano. La vida se volvió, pues, una pesadilla tremenda. Todavía la gente de la sierra que llegaba a Guayaquil para ser trasladada al Perú, no encontraba embarcaciones listas y la mitad de ella perecía, por la inclemencia del clima, antes de embarcarse.

El Libertador se había trasladado al Perú y sabía perfectamente el descontento que dejaba atrás. El miedo que Ud. tiene a la Legislatura, le escribía a Santander, lo tengo yo a los enemigos, a los vecinos y "los flamantes Colombianos". Pero también sabía que las buenas maneras podían limar las asperezas y por eso consiguió del General Salom que aceptara la Intendencia de Quito. Sucre, Salom, Soublette, Santander, Urdaneta y otros pocos, eran Generales de excepción. El mayor problema para la consolidación del orden eran los militares, lo fueron en todos los aspectos y lo serían en lo posterior.

El mismo Libertador pintaba a este ejército en 1828. "En los primeros años de la independencia se buscaban hombres y el primer mérito era ser valiente. De todas las clases eran buenos, con tal de que peleasen con brío. A nadie se podía recom-

pensar con dinero porque no lo había; sólo se podían dar grados militares para estimular el entusiasmo y premiar las hazañas. Así es que hombres de todas las castas se hallan hoy entre nuestros generales, jefes y oficiales, y la mayor parte de ellos no tienen otro mérito que el valor brutal que ha sido tan útil a la República, haber matado muchos españoles y haberse hecho temibles. Negros, zambos, mulatos, blancos, hombres de todas las clases, que en el día, en medio de la paz, son un obstáculo para el orden y la tranquilidad. Pero fué un mal necesario”.

Tropa de esta clase, agravada con la circunstancia de estar en un país sin la inmediata tradición revolucionaria y guerrera, era la destinada a hacer cumplir las órdenes del Libertador. No importaba, por lo mismo, que en la Intendencia se hallara Salom si lo demás de la tropa consideraba a Quito como a país conquistado. Se cometían los abusos propios de un estado de campaña y las poblaciones se mantenían en perpetua alarma. Un día se fusilaba a tres españoles en la plaza de Santo Domingo: el pueblo acudió en gran cantidad a contemplar el cruel espectáculo, y cuando aun no había terminado éste, un piquete de tropa, repartido por todas las esquinas, se puso a reclutar soldados entre los curiosos. El pánico fué extraordinario y por escapar y perseguir, se atropelló a mujeres y niños.

La indignación de Quito fué muy grande. Los Departamentos del Sur que, según frase del mis-

mo Libertador, ya no podían dar nuevos auxilios, por el estado decadente de los fondos públicos, por la penuria de los propietarios y por el grado de exasperación a que suelen reducirse los pueblos por las continuas exacciones, recibían un ultraje más, después de otros muchos de que tenían que quejarse. Ello originó la nota de tres Diputados de Quito ante el Congreso que se reunía en 1824; la nota había sido enviada al Municipio de Quito, la cual la hizo publicar y circular. En la nota se decía que el Departamento gemía bajo un gobierno militar y vejatorio. El Municipio, al hacerla circular, se propuso que los particulares o los otros Municipios expresaran los cargos que tenían contra las autoridades militares. El Municipio de Quito celebró varias sesiones en las cuales se habló de un bando publicado por el General Sucre contra el Cabildo, de los acontecimientos del 12 de abril de 1823 en la plaza de Santo Domingo y de la expulsión ordenada por el Coronel Vicente Aguirre de tres Concejeros.

Esta actitud de los Diputados y del Municipio tuvo extraña repercusión. El Libertador se querelló ante la Corte Suprema de Justicia de Quito contra la Municipalidad; la querrela se tramitó largamente, hasta que el Libertador ordenó desde Huariaca, el 17 de julio de 1824, "que se queme todo lo actuado en este particular". Pero no fué ésta la única resonancia del asunto. El historiador Monsalve dice: "Desde el 6 de enero, disgustado por la conducta de los Diputados de Quito y por indignas vocinglerías de algunos guayaquileños

contra los jefes libertadores, y por un memorial en que los quiteños decían en tono enfático que en el Sur había Diputados capaces de acusar aun al mismo Presidente de la República cuando delinquiera, Bolívar se quejó amargamente y presentó ante el Congreso su renuncia de la Presidencia. Decía que mientras los pueblos habían compensado exuberantemente su consagración al servicio militar, había podido soportar la carga de tan enorme peso, "pero ahora que los frutos de la paz empiezan a embriagar a estos mismos pueblos, también es tiempo de alejarse del horrible peligro de las disensiones civiles y poner a salvo mi único tesoro, mi reputación". Por estos documentos puede calcularse cuán hondamente había herido al Libertador la actitud de Quito y del Ecuador todo.

Esta renuncia fué escrita en Pativilca el 9 de enero y el 10 su Secretario dirigía al General Salom un oficio en el que le decía que por medio del Intendente de Guayaquil se sabía haberse descubierto en Quito, en la noche del 7 de diciembre, una conspiración contra el Gobierno y en favor de los españoles. Con este motivo se hicieron varias prisiones y se estableció el juicio correspondiente, porque, según instrucciones del Libertador, debían tomarse severas medidas. "Ningún sospechoso debe quedar en el país, mucho menos los desafectos al sistema". El sumario se siguió y el Libertador se mostraba cada vez más inflexible, ordenando la aplicación inexorable de la Ley. ¿Quiénes eran los comprometidos en esta sedición? Habría que examinar el proceso; pero la comunicación del Se-

cretario Pérez al General Salom en febrero 20 de 1824, da alguna luz sobre el asunto. En ese oficio se manifiesta que el Libertador mandaba devolver la exposición dirigida por el doctor Ante, "exculpándose del crimen que se le atribuía de haber tenido parte en la última pequeña conmoción que se dejó ver en Quito", para que fuera sometida al Tribunal que conocía la causa. Los ecuatorianos conocemos el exaltado patriotismo del doctor Ante para creer que la conspiración fuera en favor de los españoles.

Acaso la situación de Quito se conozca por el oficio que Heres dirigía al Coronel Flores en julio del mismo año y en el que se expresa que el Libertador cansado de que los quiteños no se mostraran satisfechos con ninguno de los jefes que los han mandado, deseaba que se gobiernen por ellos mismos: "en consecuencia de todo esto, S. E. me manda decir a US. que si en el curso de la guerra que se le ha encomendado a US., se viese US. tan apurado que tuviese que retirarse, lo verifique US. donde lo tenga por conveniente según la situación de las cosas".

Sin embargo de este notorio descontento la guerra debía mantenerse por los Departamentos del Sur y así el Libertador insiste con el Concejo de Quito una y otra vez para que se envíen los recursos que se necesitaban, porque era preciso que el país se sacrifique para continuar la guerra. Quito dió un gran respiro cuando la victoria de Ayacucho indicó el término de la campaña, aunque que-

daban en pie las causas del descontento por muchos otros aspectos.

Y el descontento continuó. Cuando en 1826 el Libertador trató de poner en práctica su gran idea de la Confederación de los pueblos de la América española, le escribía a Sucre: "después de escrita esta carta hemos pensado que no debemos usar la palabra federación sino unión, la cual formarán los tres grandes Estados de Bolivia, Perú y Colombia bajo de un solo pacto. Digo UNION porque después pedirán las formas federales como ha sucedido en Guayaquil donde apenas se oyó federación, ya se pensó en la antigua republiquita". La actitud de Guayaquil no se calmó ni con el regreso del Libertador a Colombia. Cuando el General Mosquera provocó la Junta Popular para pedir la dictadura, una voz se dejó oír, que decía: "Señor Intendente, federación queremos". El año siguiente, en setiembre, el Libertador escribía al General Montilla: "Por acá no tenemos novedad: todo está tranquilo aunque no sucede lo mismo en Guayaquil donde continúan en sus ideas de republiquita".

Por entonces acontece la insurrección de la división de tropas colombianas dejadas en Lima. El Ecuador cree que es llegado el momento de proclamarse en estado independiente; la carta transcrita por don Rufino Cuervo, en su Epistolario, es demasiado explícita: "Aunque se promulgaron dos bandos ejecutivos para que se presentasen todos los ciudadanos, sin embargo, fué muy pequeño el número de los que lo verificaron. Por este acaecido

fueron por tres días sucesivos allanadas completamente las casas, rotas las puertas con violencia y conducidos al cuartel con prisiones los extraídos. El señor Coronel de Milicias Guillermo Valdivieso llamó al Capitán Vicente Conde, Sargento Mayor Pedro Rodríguez y un brigada Guzmán y a un tal Costa, a quienes peroró para que alistasen las milicias para sacudirse de Colombia y del Perú defendiéndose de la expedición hostil que amenaza y aprovechase la ocasión para fundar una República llamada Atahualpina, para cuya instalación prometía \$ 20.000; el señor José Félix Valdivieso prometió para el mismo efecto todas sus haciendas". Hay que notar que todos estos movimientos se han producido por exasperación, después de fuertes exacciones. Este intento, según la misma carta, se lo hizo público y de divulgarlo se encargaron personas de nota como el doctor Pedro José Arteta.

Pero también es de notarse que nunca el Ecuador dejó de admirar profundamente al Libertador: esta admiración fué amor, fué gratitud, fué reconocimiento. Cuando los políticos granadinos combatían con tanta saña y rencor a Bolívar y a los bolivianos, aquellos manifestaban su despecho porque en el Sur, la opinión pública seguía incommovible: el Sur buscaba la autonomía, pero mientras no fuera posible, estaría siempre de lado del Libertador. ¿Qué tenía que ver con Santander y los abogados granadinos?.

Demasiado grande era el Libertador para que pudiera ser comprendido. En su agitada vida encontró algunos hombres buenos, virtuosos, inteligentes; muchos pueblos que le amaron; generales y soldados que le siguieron con admiración y con cariño y que guardaron su recuerdo hasta más allá de su muerte. Pero puesto en medio de entre los que le amaron y le combatieron, le rodeó siempre la incompreensión. El genio de Bolívar es inaccesible y ha habido muchos miopes que han creído que podía subirse fácilmente a la sagrada montaña.

De los pueblos que él independizó y formó ninguno le fué fiel: unos le traicionaron por incompreensión y otros por inconsecuencia. Y es que su mirada era tan perspicaz y su palabra tan honda, que apenas podían rozar la epidermis de estos pobres pueblos que se despertaban con el ansia de saberlo todo sin haber aprendido nada.

Este creador de pueblos y naciones; este hombre extraordinario que preveía los acontecimientos, que lanzaba doctrinas que parecían locuras, fué un gran solitario. Vivió sus pensamientos, quiso hacerlos carne, infundiéndoles vida por medio de la acción: desde el puñado de valientes que le dispu-

taba el mando, llegó hasta la confederación de naciones; desde jefe de guerrilla ascendió a Jefe de Repúblicas que le miraban asombradas como a semi-dios.

¿Qué importa que su obra no haya sido cumplida entonces si su pensamiento ha de fructificar a medida que pasen los años? Acaso para su gloria de creador haya sido necesario que su obra quedara inconclusa, para que se piense en la continuación. No es posible que América viva siempre vociferando al pie de su campanario y ciega y sorda para los acontecimientos del mundo, sin pensar en su propia defensa, para cuidar solamente de la reputación de sus insignificantes caudillos.

A organizar su última campaña salió del Perú el Libertador en setiembre de 1826. Ningún pueblo le fué más rendido que el peruano, bien podía dejársele a la espalda como salvaguardia de su gloria. Pero el Perú no correspondió a esta esperanza, fué el primero que, con el mismo fervor que había puesto para exaltar y divinizar al héroe, negó al héroe y destruyó su obra. En Venezuela, su Patria, el llanero Páez que parecía ganado para la civilización, apenas sintió que su adversario Santander le hurgaba, despertó con la misma animosidad turbulenta y voluntariosa, y negó también la obra de Bolívar. En Nueva Granada hervían las pasiones: Santander contra Venezuela; Santander contra los oficiales que se creían preteridos; Santander apegado al mando con los largos años que el Libertador le había dejado en el poder. Santander no acabaría con sólo preparar la noche de se-

tiembre sino la reacción más formidable que podía oponerse a Bolívar, porque al pensamiento creador de éste, opuso la ideología visionaria y delirante de una juventud de buena fe que veía gigantes en los molinos de viento y que creía que negar al creador era dar una muestra de entereza republicana. Después de lo dicho respecto del Ecuador, hay que añadir que cuando regresaba el Libertador a Bogotá a librar las últimas batallas, el Ecuador le recibió con sincero alborozo; tal vez tenía la esperanza de que Bolívar pudiera destruir el centralismo despótico ejercido por los granadinos y salvarle de la ignominiosa tiranía de las tropas venezolanas. Por lo demás fueron los militares, los fieles del Libertador, que mandaban entonces en este país, quienes organizaron esas manifestaciones con el colorido de populares, que se declararon por la dictadura de Bolívar.

Todos cual más, cual menos contribuyeron a destruir la obra del Libertador y se opusieron a los proyectos que tenía para buscar la organización de los pueblos por él independizados. La guerra había sido una gran premura: se libertaba, pero se dejaba para después la organización de los territorios; y mientras tanto la dureza de las campañas, las convulsiones que produce toda lucha, los gérmenes de desmoralización que deja, los vicios que va creando a su paso, forman un sedimento en el cual a duras penas pueden reconocerse de manera informe los antiguos elementos sobre los que se quería construir. La guerra es una erupción volcánica que arrasa con el fuego, la lava y el lodo.

Todos los antiguos valores se habían desvirtuado: los que tomaron parte en la lucha no comprendían otro gobierno que el de la fuerza; los que sufrieron con la guerra no conocían más aversión que la del soldado y la generación que vino después, la que ya pudo asistir a las escuelas y colegios, estaba llena de ideologías y abstracciones, con pocos nexos con el pasado y muchas exigencias para el porvenir.

El Libertador había sido el jefe reconocido, a pesar de las momentáneas insubordinaciones o de las iras recónditas. Desde cuando se constituyó la Gran Colombia, él había sido el Presidente de la República; pero sus deberes de libertador le tuvieron sólo de paso en el poder. En este mismo año de 1826 regresaba después de larga ausencia en que el ejercicio de la Presidencia había estado encargado al granadino Santander, hombre de talento reconocido, pero de aviesos procedimientos. La antigua enemistad entre Santander y Páez fué la causa reconocida de la revolución de Valencia, y su vieja rivalidad con el Libertador el motivo para que, so capa de la necesidad de observar estrictamente la ley, le pusiera muchos obstáculos en la campaña del Perú y alentara la creación de dos partidos políticos que necesariamente tenían que tomar como representantes a Bolívar y a él, a Santander. Esta fué su mayor habilidad de político para el logro de sus ambiciones.

El Libertador se trasladó a Colombia con la misma fe de antaño. Creía que su presencia iba a ser suficiente para desvanecer la tempestad y

que su prestigio, su gloria, el respeto que debía infundir su nombre, serían suficientes para acallar las murmuraciones y los recelos. No fué así: los pueblos no estaban conformes con el sistema de gobierno y lo que era peor, las diferentes secciones se aborrecían. El granadino Vélez decía en esta época: **“Los venezolanos nos aborrecen, y para vivir como perros y gatos, más vale que cada uno busque modo de existir por su lado”**. Los ecuatorianos buscaban la ocasión para retirarse y no querían a los granadinos, ni eran queridos de ellos: bastaría ver la burla que todos los actos de este Departamento merecían de parte del periódico **La Bandera Tricolor** dirigido por Santander.

Colombia estaba destrozada por causas internas y construccionales. Sobre esto venía la rebelión de Páez, el aparecimiento de cuatro partidos: federalistas, monarquistas, bolivianos y constitucionales. Bolívar procedió con la celeridad de siempre; se trasladó a Venezuela; sometió a Páez; convocó la Convención de Ocaña que era la llamada a poner de acuerdo a los ciudadanos disidentes, pero que se convirtió en un fracaso que agravó la situación.

Con la visión de los destinos de América y la unidad que había tenido el pensamiento de Bolívar, creía que con un Ejecutivo vitalicio y fuerte, recomendado al Congreso de Angostura y puesto en práctica en el Perú y Bolivia, podía procederse a la organización de estos pueblos que tan a tientas buscaban la libertad; pero **“comprendieron pronto los generales que esa Constitu-**

ción era una amenaza a su ambición, y se levantaron contra ella”, dice García Calderón. Inmediatamente después de llegado a Bogotá propuso la adopción de la Constitución Boliviana y la confederación de los pueblos de América. Que abandone la idea de confederación y de Constitución boliviana, escribía Santander.

Y volvió a la lucha: ya no había masas de ejército que disponer; por el contrario, la actitud voluntariosa de los militares exasperó la opinión liberal y dió margen para que los políticos aviesos aprovecharan de los desmanes que no dejaban de cometer los viejos soldados, para ensalzar la libertad y denigrar el nombre del Libertador.

El Libertador creía que la obligación del momento era la de la creación de un gobierno vitalicio y fuerte. “Los estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternos que curen las llagas y las heridas del despotismo y de la guerra”. “Para formar un gobierno estable se requiere la base de un espíritu nacional que tenga por objeto una inclinación uniforme hacia dos puntos capitales: moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública. La sangre de nuestros ciudadanos es diferente, mezclémosla para unirla: nuestra constitución ha dividido los poderes: enlacémoslos para unirlos.... Se debe fomentar la inmigración de las gentes de Europa y de la América del Norte, para que se establezcan aquí trayendo sus artes y sus ciencias. Estas ventajas, un gobierno independiente, escuelas gratuitas y los matrimonios con europeos

y angloamericanos cambiarían todo el carácter del pueblo y lo harían ilustrado y próspero. . . . Nos faltan mecánicos y agricultores, que son los que el país necesita para adelantar y prosperar”.

Pero la voz del estadista, del hombre de larga visión, era ahogada por la vocinglería gárrula, sonora y acariciadora de los ideólogos que creían que los pueblos se educaban por la libertad y a quienes la historia debe culpar del siglo atormentado que han tenido estas repúblicas. Entre dos corrientes de impetuosidad contraria, el orden no puede mantenerse y se llegó a todos los extremos: los partidarios del Libertador atacaban las imprentas, los opositoristas, sintiéndose héroes de Plutarco, quisieron asesinar al Padre de la Patria.

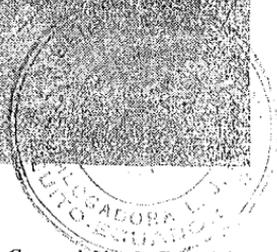
Y lo asesinaron. Cuatro años de lucha empedernida y cruel acabaron con las fuerzas físicas del creador de naciones. Todos se le pusieron en contra: los pueblos que antes corrían delirantes tras de su corcel de guerra, se sumaban a la oposición, en nombre de la libertad, cansados de oír las alabanzas de un mismo nombre o encantados por una oposición sistemática, propia de pueblos incipientes y mestizos en que la ambición y la envidia se disfrazan con nombres patrióticos. Venezuela vuelve a levantarse no solamente en contra de Colombia, sino en contra del Libertador, del más grande de sus hijos. Córdova, el glorioso General del Pichincha y Ayacucho, se levanta también contra su jefe y cae ignominiosamente en el Santuario. La república se agita de un extremo a otro y es imposible contener tanta pasión desenca-

denada. Cuando la guerra civil va a estallar, el Libertador, atravesado el alma por todos los dolores y las ingratitudes, abandona la lucha, porque "el que abandona todo por ser útil a su patria, nada pierde: antes gana cuanto le consagra".



EN SANTA MARTA

Composición de Tito Salas



A los veintisiete años comenzó su carrera de libertador de pueblos; desde entonces ya no cesó en la acción, hasta caer rendido por la ingratitude de los propios, veinte años después. Ni un día de reposo; muchos días de sinsabores y algunos de gloria; pero todos dedicados a cumplir con el alto deber que la naturaleza le había impuesto de independizar pueblos y crear naciones.

Sin embargo de que el mismo Bolívar había declarado que la guerra era entre españoles americanos con españoles europeos, se puede afirmar que es la última de las encarnaciones que ha tenido el mito del sol, el mito de los indios que levantaron grandes ciudades y enormes monumentos en la altiplanicie de los Andes. Bolívar fué de esos hombres excepcionales, creador, capitán y profeta; hombre con todas las excelsitudes de hombre y todas las miserias de la arcilla humana. Por eso más admirable, porque no tiene la impasible frialdad de la perfección, sino el calor de la sangre, el hervor de la vida.

Y como el sol tuvo su ocaso, para revivir al día siguiente y para que su memoria perdure por los siglos. Bolívar se alejó de Bogotá camino del destierro, envuelto en una enorme tristeza. La amargura de que estaba henchido le salía en fra-

ses de desesperanza o de profecía. "La independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás". "Los que han servido a la revolución han arado en el mar.... Estos países caerán infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a la de tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas, devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad.... Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, este sería el último período de la América".

El Libertador que se sentía cansado y viejo a los cuarenta años, enfermó gravemente en los últimos cuatro de lucha con sus conciudadanos, con los hombres por él libertados. Enfermo llegó a Cartagena, a Soledad, a Barranquilla, a Santa Marta. Algunos de sus compañeros de armas le habían acompañado y al ver al Libertador postrado por la enfermedad agravada súbitamente, no creían que fuera el mismo hombre que poco antes había escalado montañas. "El General Mariano Montilla que aun en medio de los horrores de la guerra a muerte prorrumpía en macabros chistes, resume ahora su pena en vocablos desnudos como su bravo corazón. Cuando el médico le confiesa que el Libertador está perdido, Montilla monta en cólera, se golpea la frente, estalla como al blandir su sable contra los españoles, en formidable juramento.... y se echa a llorar".

Y una tarde, el 17 de diciembre de 1830, el Libertador, como el sol, se apagó junto al mar.



